

Migración infantil irregular salvadoreña: reflexiones desde la psicología social

Mauricio Gaborit*
 Carlos Iván Orellana**
 Rafael Orellana Sibrián***

Palabras clave:

niñez migrante, psicología del desarrollo, migración irregular, estrés acumulativo, derechos humanos

Resumen

El presente ensayo persigue remarcar un conjunto de reflexiones teóricas, empíricas y epistemológicas a propósito de la migración infantil irregular salvadoreña. La primera parte aborda el tema de la niñez y la migración indocumentada ubicándola dentro del contexto de la realidad demográfica salvadoreña para luego describir y dimensionar el fenómeno migratorio a partir del flujo de deportaciones. La segunda sección del trabajo es la principal y ofrece tres esferas analíticas de la migración irregular de niños y niñas desde la perspectiva de la psicología social: a) La necesidad de historizar el constructo y la realidad de la niñez, especialmente en el marco del fenómeno migratorio como horizonte social de muchos niños y niñas centroamericanas; b) el dinamismo inherente al fenómeno migratorio que se cristaliza en inesperadas relaciones y gestiones del riesgo y la protección, así como la manifestación de una experiencia migratoria –construcción de la ruta migratoria y dinámicas de expulsión– con rasgos emergentes y cambiantes; c) un conjunto de procesos y manifestaciones psicosociales implicadas en la experiencia migratoria y temas centrales para el desarrollo de la niñez, como la reunificación familiar, el estrés aculturativo y la resiliencia. Al final del texto, se presentan algunas conclusiones a modo de epílogo. Se trata de reflexiones teóricas impostergables con implicaciones para la investigación que se desprenden del escrutinio de la migración infantil irregular como objeto de estudio.

* Doctor en Psicología Social. Jefe del Departamento de Psicología y Salud Pública y Director de la Maestría en Psicología Comunitaria. Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA).

** Doctor en Ciencias Sociales. Docente del Departamento de Psicología y Salud Pública (UCA).

*** Estudiante de quinto año de la Licenciatura en Psicología (UCA).

1. Contexto de discusión y magnitud del fenómeno de la migración infantil irregular

Casi sin excepción, cuando se presenta un escrito o un informe que tenga que ver con la población de El Salvador, se concluye que se trata –todavía– de un país joven. De hecho así es: según el VI Censo de Población y V de Vivienda, de 2007, de la Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC), Ministerio de Economía de El Salvador, un tercio de la población nacional (33.9 %) no sobrepasa los 15 años de edad. A su vez, el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia [UNICEF] en 2011 ratificó que 40 % de la población del país lo constituían niños, niñas y adolescentes (Segura, 2012). Pero la fotografía actual cambiará y se espera que en las próximas décadas se vea modificada en el marco de la llamada *transición demográfica*. Este fenómeno, común a los países centroamericanos aunque no uniforme en sus ritmos y sus manifestaciones, consiste en la expectativa de crecimiento acelerado de la población en edad productiva que superará la magnitud histórica de aquellos segmentos poblacionales inactivos o dependientes (Programa del Estado de la Nación [PEN], 2011). Empero, este escenario favorable para la inversión, el crecimiento económico y el empleo, pone sobre la mesa más incertidumbres que certezas para ese deseado y amplio contingente social en “edad productiva”.

Según el PEN (2011), la transición demográfica constituye una oportunidad histórica que desafía a los países centroamericanos por diversos motivos: su nivel de avance o rezago en términos de desarrollo humano, debido a que su aprovechamiento pleno requiere contar con factores como la ampliación y la mejora de la cobertura educativa y sanitaria; se requiere garantizar la seguridad alimentaria, así como elevar la inversión pública o ampliar la capacidad productiva de la mano de obra calificada. Sin embargo, en la actualidad, los países centroamericanos igualmente experimentan otros fenómenos paralelos a

la transición demográfica que aumentan aún más el esfuerzo titánico que se requiere para aprovechar las bondades sociales y económicas que puede ofrecer la mencionada transición. De cara a la discusión de fondo que nos ocupa, la migración infantil irregular salvadoreña, cabe hacer mención específica de tres de estas circunstancias paralelas que estarían explicando y condicionando la transición demográfica:

1) *El aumento de la expectativa de vida de la población y la disminución de los índices de natalidad*: si en el quinquenio de 1950 y 1955 el promedio de la esperanza de vida de los y las salvadoreñas era de 45.1 años, medio siglo después, entre 2005 y 2010, esta tendencia ha aumentado hasta alcanzar los 71.1 años de media de vida (Córdova, Burgos, Tablas y Rodríguez, 2010), siendo llamativo en este escenario que los hombres alcancen a vivir hasta 66.5 años, mientras que las mujeres superen por mucho el promedio aludido con 75.9 años. Por otro lado, según la *Encuesta nacional de salud familiar* (FESAL), de la Asociación Demográfica Salvadoreña (ADS, 2009), la tasa global de fecundidad en mujeres con edades comprendidas entre los 15 y los 49 años disminuyó en un 60 % entre los quinquenios de 1973-78 y 2003-2008, pasando de un promedio de 6.3 hijos por mujer a uno de 2.5 hijos por mujer. En otras palabras, en El Salvador, replicando una tendencia común al resto de Latinoamérica, mientras declina la población menor de quince años y crece la población en edad productiva (15-59 años) –el llamado “bono demográfico”–, se experimentará un aumento gradual de la población adulta mayor: si en 1950 se estimaba que un 6.1 % de la población contaba con 60 años o más, para 2005 esta proporción ya era de 9.2 %, y se espera que para el 2050 la misma aglutine al 19.3 % de la población nacional (Córdova *et al.*, 2010).

2) *La mortalidad asociada a la violencia que afecta principalmente a los jóvenes*: que la niñez salvadoreña ha estado y está bajo asedio y en peligro, no es ninguna novedad. Basta ir

al cantón el Mozote, en el departamento de Morazán, para encontrar esa placa conmemorativa, entre otros testimonios históricos, de la magnitud de la saña con que este país trata a sus niños y a sus niñas. En esa placa aludida se nos cuenta que, en 1992, fueron encontrados en un sitio del mencionado cantón, 146 personas asesinadas de las cuales 140 de ellas no alcanzaban los 12 años de edad; y solo en esa tristemente célebre masacre se calcula que algo más de 450 menores de edad fueron pasados por las armas. El fenómeno se multiplica si nos referimos a los niños desaparecidos durante el conflicto armado o a las niñas convertidas en instrumento y trofeo sexual de guerra. Se argumentará que remitirse al contexto de guerra es referirse a unas coordenadas analíticas donde la desproporción de la violencia explica con facilidad las muertes y los abusos cometidos en contra de los pequeños. Pero conviene recordar que, por una parte, la facilidad de la muerte que propicia un conflicto armado no sirve como justificación suficiente de los hechos que ahí se han producido y que nos ocupan; más importante aún, la guerra puede ser interpretada como un período de exacerbación de una realidad que desde siempre y de manera *sistemática* ha atentado contra la integridad y el bienestar de los niños y las niñas. En cualquier caso, en El Salvador, la violencia del presente basta y por sí misma da cuenta de mucho de su historia como país.

Si el punto anterior habla del progresivo decremento de los niños y los jóvenes debido a evoluciones demográficas, el presente factor contribuye con la misma tendencia a través de su eliminación física debido a la violencia. Además la violencia afecta de manera directa al recién mencionado bono demográfico. Dicho bono se refiere al importante contingente social en edad productiva que contribuye a quitar presión a la inversión social otrora requerida por sectores dependientes (educación básica, pensiones, salud, etc.). Pero ocurre que, en nuestro país, buena parte de ese segmento social en edad productiva, ese que ya se encuentra o que podría sumarse a

las filas de la fuerza laboral nacional, es precisamente el que casi sin excepción engrosa diariamente las estadísticas de muertes violentas, con lo que la violencia y el crimen se posicionan y confirman como factores de gran peso que atentan contra el desarrollo nacional y la integridad de la infancia y de la juventud.

Las cifras al respecto no dejan lugar para las dudas: en cuanto a la vinculación entre desarrollo y violencia, según el informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2009) enfocado en el problema de la inseguridad ciudadana, mostró que si, para 2006, la región centroamericana habría acusado un costo económico equivalente al 7.7 % de su PIB (\$6506 millones de dólares), El Salvador había sido el país con el mayor impacto económico al reportar pérdidas cercanas al 11 % de su PIB, debido al embate de la inseguridad. En términos generales, para 2008, el Estado salvadoreño estaría invirtiendo arriba de 15 de cada 100 dólares del gasto público (presupuesto nacional) en contrarrestar el crimen y la violencia. Por otro lado, la relación entre la amenaza especial que sufren los niños, las niñas y los jóvenes salvadoreños debido a la violencia y la criminalidad igualmente es alarmante. Por ejemplo, la representante del secretario general de Naciones Unidas para la violencia contra la niñez, Marta Santos Pais, durante una visita reciente al país denunció que, entre 2005 y 2011, habían sido asesinados más de 5000 niños y que se calculaba que cada tres horas una niña adolescente era víctima de abuso sexual (ACAN-EFE, 2013). Por otro lado, el porcentaje mayoritario de los homicidios que se cometen en el país se concentran entre individuos con edades comprendidas entre los 15 y los 34 años, es decir, desde menores de edad hasta adultos jóvenes; de hecho, la cantidad de muertes violentas en la franja de edad de 15 a 19 años ha experimentado un alza evidente en el quinquenio de 2005-2011, al pasar de 578 homicidios en el 2005, a 855 en 2011 (Fundación Dr. Guillermo Manuel Ungo [FUNDAUNGO], 2012).

3) *La migración hacia el exterior*: la migración de salvadoreños y salvadoreñas en un alto porcentaje se dirige hacia Estados Unidos, meta histórica principal de la migración salvadoreña. Según el PNUD (2010), en las últimas dos décadas habrían salido del país, prioritariamente hacia los Estados Unidos y en búsqueda de mejores oportunidades, arriba de 60 000 personas por año. Es fácil deducir que lo anterior conlleva ya la presencia de varias generaciones de salvadoreños que se han abierto camino fuera, que juegan un papel crucial en la economía salvadoreña con el envío de remesas, pero también que contribuyen a estimular transformaciones socioculturales y la salida de aún más compatriotas, generalmente la de los miembros más jóvenes de las familias que emprendieron el viaje con anterioridad (hijos e hijas, hermanos y hermanas, etc.). La pregunta que cae por su propio peso es ¿por qué tantos menores emprenden un viaje tan arriesgado?

Datos obtenidos de una investigación en la que participaron los autores¹ confirman que jóvenes salvadoreños potenciales migrantes se ven compelidos a abandonar el país debido a un motivo compuesto que, al menos, estaría constituido por tres elementos: la aspiración por un futuro mejor, la amenaza de la violencia y, de manera importante, por el afán de reunificación familiar, la búsqueda por reencontrarse con su familia que ya se encuentra en el país del norte; evidencia de otros países confirman igualmente estas tendencias (Domínguez y Polo, 2006). En la última encuesta de juventud desarrollada en El Salvador en 2007 (Santacruz y Carranza, 2009), se confirmó que al menos uno de cada cuatro jóvenes tenía intención de marcharse del país y, como confirmación del peso de las motivaciones implicadas, esto es especialmente cierto si el joven trabaja y tiene escolaridad (novenio grado y bachillerato). Es decir, se puede asumir que la constatación de la calidad de las condiciones materiales de existencia y

las perspectivas que ofrece el país –en este caso, el empleo y el estudio– están lejos de frenar los planes de abandonar el país. En términos generales, la migración para niños, niñas y jóvenes de ciertos sectores sociales, al constituir la generación migrante de relevo pero también por carecer de los medios materiales para migrar legalmente, presenta características avasallantes porque se suma a los imperativos normativos de la edad, porque se desarrollan bajo la presión familiar y socio-comunitaria de salir y porque cualquier posible plan vital soñado (estudio, familia, recreo) se verá subordinado a –y quizás truncado por– la enorme empresa que supone migrar (Gaborit, Zetino, Brioso y Portillo, 2012).

Tomando en cuenta lo antes expuesto –el aumento de la expectativa de vida y la disminución de la mortalidad, la violencia y la migración–, es claro que la transición demográfica descansa sobre la tensión de augurar una alta productividad y un alto protagonismo de los jóvenes mientras coexisten con este esperanzado augurio distintas tendencias que están contribuyendo a la disminución, la desaparición, la aniquilación y la expulsión de los miembros más jóvenes de la sociedad. Según el PEN (2011), embarcarse en la ventana de oportunidad que ofrece la transición demográfica exige esfuerzos nacionales profundos y sostenidos porque, en el largo plazo, si los jóvenes no llegan a contar con buenos niveles de salud y de educación, una alta productividad se vuelve una quimera. Un escenario carente de productividad y de inversión social igualmente disminuiría las probabilidades de contar con protección social, lo que conduce a considerar un panorama de incertidumbre personal y familiar. Por otro lado, si la obtención de altos niveles de productividad no se cumple, se volvería imposible sostener a los futuros jubilados o dependientes, dado que gradualmente la población en edad de trabajar irá disminuyendo. Asimismo, este juego de exigentes precondiciones necesarias y de esce-

1. Datos preliminares de la investigación: *Atrapados en la tela de araña: la migración irregular de niñas y niños salvadoreños hacia los Estados Unidos*. Informe presentado a la Fundación Ford, marzo 2014.

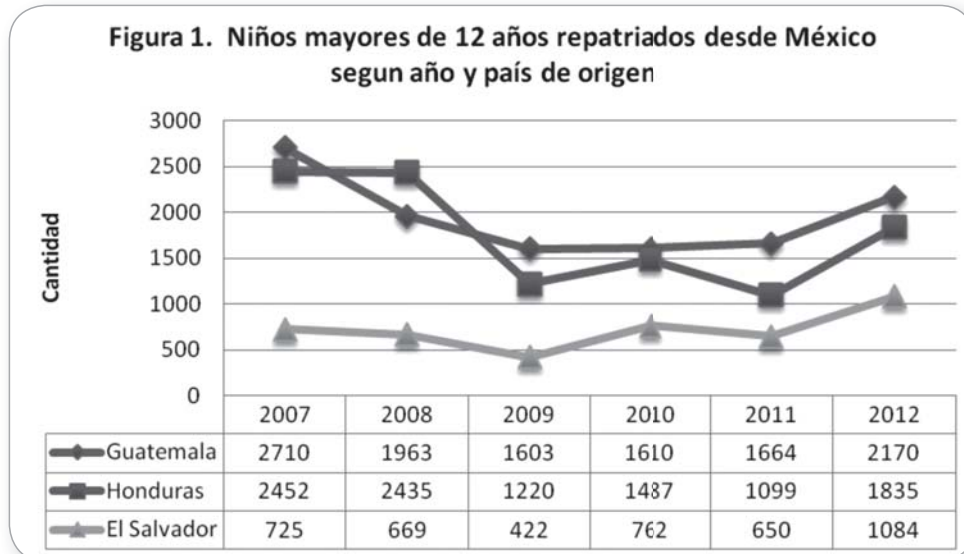
narios posibles son los que pueden terminar contribuyendo con el alza de los niveles de frustración social, de exclusión y, en última instancia, podrían ser los aspectos que terminen mostrando la puerta de salida del país y que la migración se haga presente como un necesario y legítimo recurso de supervivencia.

El desafío de la transición demográfica es colosal para los países centroamericanos porque supone resarcir deudas históricas de proyectos nacionales así como deficiencias de sus sistemas socioeconómicos. En lo que al caso salvadoreño se refiere, sentar las bases propicias para la transición demográfica supondría, al menos, contener el embate de una economía que ha probado no tener piedad al reducir las capacidades del Estado para hacer valer sus funciones y mandatos. Supondría revertir, por ejemplo, la presencia de maquila de baja transferencia tecnológica, de garantizar políticas públicas efectivas para la niñez y la juventud, así como la reducción drástica de su muerte por los altos niveles de violencia social a la que se encuentran expuestos estos grupos poblacionales. Pero sobre todo, de fondo, sería necesario disminuir la brecha histórica que en la actualidad mantiene unos niveles de desigualdad y exclusión tales que impiden el acceso a una condición real de ciudadanía y confirman un estado de precontractualidad histórica que, desde siempre, ha cerrado la posibilidad a un empleo digno a las grandes mayorías (Orellana, 2012). Esta situación de exclusión y privación de ciudadanía, que ya es bastante rigurosa si se considera la vulnerabilidad propia del empleo informal, se habría visto agravada desde la entrada de las políticas económicas neoliberales y debido a la actual crisis económica con sus masivos recortes de empleo, sus imposibles requerimientos de “flexibilización” y la consecuente exacerbación de la precariedad vital. La precariedad vital, que es al fin de cuentas precariedad ciudadana, y los lazos familiares que reclaman en el exterior a tantos niños, niñas y jóvenes connacionales, constituyen un atractivo y muy flexible trampolín con el que cada vez más se sueña con escapar y saltar las

fronteras del país. Ahora, ¿qué dimensiones alcanza la migración irregular de menores centroamericanos y salvadoreños?

La migración indocumentada de niños, niñas y adolescentes de Centroamérica hacia los Estados Unidos sigue siendo una problemática de gran envergadura. En consonancia con la migración de adultos, la migración de menores ha aumentado hasta tal punto que, según datos de la Dirección General de Migración y Extranjería de El Salvador, el 5 % de todos los salvadoreños deportados en 2013 eran menores, en comparación con el año 2011, en que los menores repatriados representaron un 3.14 % de todas las deportaciones. El aumento dramático de niños, niñas y adolescentes migrantes irregulares provenientes de los tres países del Triángulo Norte de Centroamérica (Guatemala, Honduras y el Salvador) comienza a evidenciarse a partir 2011. El Department of Homeland Security de los Estados Unidos estima que, para 2014, el número de menores de esos tres países que serán referidos al sistema de inmigración puede ascender a unos 60 000, lo que representaría un aumento de casi 160 % respecto del año 2013, y más de catorce veces el número de niños retenidos en el año 2011. Esa dependencia norteamericana reporta que los menores centroamericanos representan un 93 % de esos números (37 % de Guatemala, 26 % de El Salvador y 30 % de Honduras). Bajo todas luces, son números enormes que representan condiciones de inseguridad y peligro para muchos menores.

Las cifras anteriores se refieren a niños y niñas que, vadeando toda suerte de peligros, llegan a la frontera de los Estados Unidos y son detenidos. Pero no todos llegan hasta ahí. No pocos son aprehendidos durante su trayecto migratorio en México. De estos, los que oscilan entre los 12 y 17 años de edad todavía representan la mayoría, llegando a ser aproximadamente un 83.5 % de todos los menores detenidos en distintos lugares del territorio mexicano entre los años 2007 y 2012 (ver figura 1).



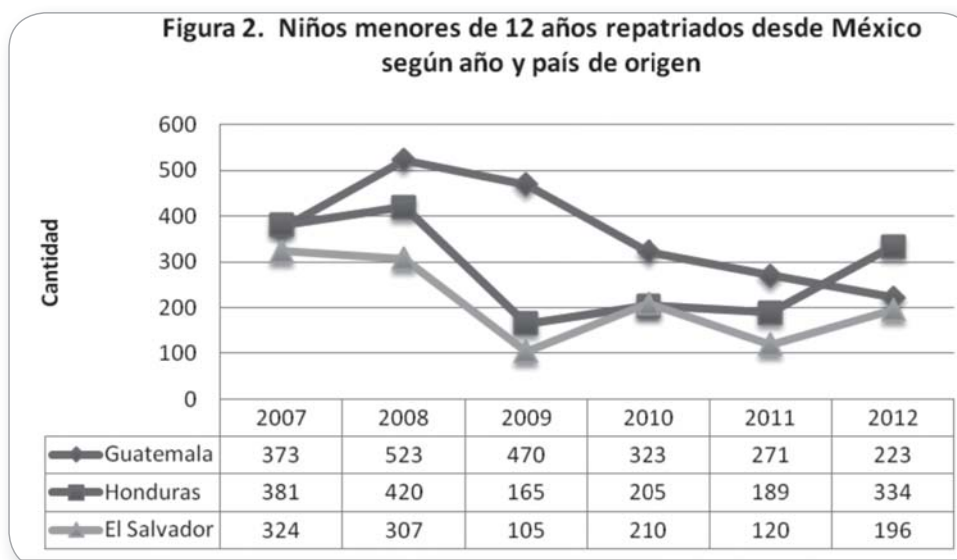
Fuente: elaboración propia con base en datos del Instituto Nacional de Migración (INM) de México.

Como se puede apreciar en la figura 1, los números más altos corresponden a los primeros años del sexenio, pero se puede apreciar un aumento considerable en los dos últimos años de ese período. Efectivamente, el aumento de los menores detenidos en ese rango de edad en 2012 ha sido de 30.4 % para Guatemala, 67 % para Honduras y 66.8 % para El Salvador respecto al año anterior. El Salvador ha tenido consistentemente el menor número de menores entre los 12 y 17 años de edad detenidos en México, en comparación con los otros dos países del Triángulo Norte.

Por otro lado, si bien el número de niños y niñas menores de 12 años de edad detenidos en México representa la minoría de todos los menores aprehendidos, su número ha aumentado en el último año del sexenio para

Honduras y El Salvador, como se puede ver en la figura 2. Con respecto al año anterior, en el año 2012 Honduras experimentó un aumento de 76.7 % de niños y niñas menores de 12 años de edad, y El Salvador un aumento de 63.3 %. El aumento de niños y niñas menores de 12 años debería representar una preocupación grande para los distintos Estados centroamericanos, ya que esos menores son más vulnerables y están más expuestos a toda suerte de peligros.

La figura 2 muestra que, después de un repunte entre el año 2007 y 2008, y que coincide con los años de la crisis financiera mundial, el número de guatemaltecos menores de 12 años retenidos en México ha experimentado un descenso. Entre los años 2008 y 2012, este número disminuyó aproximadamente un 57.4 %.



Fuente: elaboración propia con base en datos del Instituto Nacional de Migración (INM) de México.

Por otro lado, la migración indocumentada de menores sigue siendo predominantemente masculina. Como puede apreciarse en la tabla 1, donde se consigna el número de migrantes indocumentados aprehendidos en territorio mexicano entre los años 2008 a 2013, aproximadamente tres de cada cuatro menores detenidos son varones. Los porcentajes se han mantenido relativamente estables en esos años, fluctuando entre un 72.8 % en 2009 a un 78.5 % en 2011. Estos porcentajes coinciden con lo que el Department of Homeland

Security de los Estados Unidos reporta: 77 % de menores varones referidos a la oficina de refugiados en el año 2012 y 73 % en el año 2013. Ese patrón de género también se evidencia en las deportaciones desde México de migrantes mayores de 18 años, aunque los porcentajes sean más altos para este grupo etario en comparación con los menores de edad. El promedio en esos seis años para los mayores de edad hombres que fueron repatriados desde México es de 85.6 %.

Tabla 1. Eventos de extranjeros presentados y devueltos por las autoridades migratorias mexicanas, según grupo de edad, condición de viaje y sexo, 2007 a agosto 2013.

Año	2008			2009			2010		
	Subtotal			Subtotal			Subtotal		
Grupos de edad / condición de viaje y sexo	H	M	Total	H	M	Total	H	M	Total
Total general	77 203	17 520	94 723	57 688	11 345	69 033	59 756	10 346	70 102
Mayores de 18 años	69 215	15 155	84 370	53 543	9 798	63 341	56 749	9 310	66 059
Total de menores	7 988	2 365	10 353	4 145	1 547	5 692	3 007	1 036	4 043
De 12 hasta 17 años	6 421	1 487	7 908	3 676	1 153	4 829	2 502	702	3 204
De 0 hasta 11 años	1 567	878	2 445	469	394	863	505	334	839
Acompañados	1 019	681	1 700	397	344	741	389	275	664
No acompañados	548	197	745	72	50	122	116	59	175

Año	2011			2012			2013 (Agosto)		
	Subtotal			Subtotal			Subtotal		
	H	M	Total	H	M	Total	H	M	Total
Total general	53 045	8157	61 202	69 250	10 393	79 643	51 706	9228	60 934
Mayores de 18 años	49 804	7269	57 073	64 698	8979	73 677	47 063	7657	54 720
Total de menores	3241	888	4129	4552	1414	5966	4643	1571	6214
De 12 hasta 17 años	2867	637	3504	4104	1051	5155	4088	1117	5205
De 0 hasta 11 años	374	251	625	448	363	811	555	454	1009
Acompañados	309	213	522	382	328	710	459	369	828
No acompañados	65	38	103	66	35	101	96	85	181

Fuente: elaboración propia con base en datos del Centro de Estudios Migratorios del Instituto Nacional de Migración de México.

El escenario vigente de la transición demográfica ofrece un contexto de sentido que ayuda a enmarcar el fenómeno de la migración infantil al tiempo que pone de manifiesto la necesidad actual de procurar que la infancia y la juventud constituyan temas permanentes de discusión académica y política. Asimismo, las referencias a un contexto objetivo tan peculiar que anuncia la paradójica situación de aprovechar un bono demográfico a partir de una población en franca disminución, así como los desbordantes números que caracterizan a la migración infantil irregular, conminan al esfuerzo de reflexión académica a no cejar en su empeño de pensar la migración infantil irregular considerando su inherente complejidad como objeto de estudio. Desde el marco de la psicología social, los análisis siguientes se inscriben en dicho propósito.

2. Trazos para la construcción de una psicología social de la niñez migrante irregular

Los argumentos que siguen tienen por objetivo ofrecer algunas vías de análisis que permitan articular una reflexión de carácter psicosocial sobre la niñez que migra de manera irregular. Tres notas interrelacionadas serán presentadas aquí: la necesidad de situar al niño y la niña salvadoreños como sujeto de reflexión teórica; el carácter dinámico del fenó-

meno migratorio y, en particular, de la experiencia de los y las menores que abandonan el país de forma indocumentada; y por último, la consideración de algunos efectos subjetivos y relacionales que se derivan de la singular experiencia que constituye la migración irregular.

2.1. El carácter histórico de la niñez

Que la academia necesita recortar la realidad para aproximarse a su entendimiento es tan cierto como que muchas veces esta no sabe o no se preocupa por encontrar el camino de regreso para restituir dicho recorte a su contexto de sentido. El ahistoricismo a la hora de realizar análisis de la realidad salvadoreña constituye un señalamiento de larga data (Martín-Baró, 1972, 1983) y en la actualidad, y sin ser nueva la deformación, algo similar se identifica cuando se trata de pensar a la niñez y la juventud y sus avatares particulares. Sucede que, de una u otra forma, los abordajes conceptuales sobre la niñez transmiten una visión encapsulada y estática de ella. Dicho encapsulamiento está dado por la forma del abordaje: la niñez es comprendida como si se tratara de una fotografía instantánea, usualmente a partir de coordenadas teóricas abstraccionistas propias de la psicología evolutiva o a partir del prisma aplicado por instituciones u organizaciones que se abocan al trabajo con la niñez en donde el niño o la niña

como sujeto histórico, de fondo, se ve reducido a un grupo etario que requiere asistencia por parte de alguna instancia superior (los adultos, las instituciones, etc.).

El resultado es que se suele dibujar un retrato robot: un niño, una niña o un joven universal, ajeno a las rémoras o a las bondades de su tiempo. De acuerdo con Burman (1997), los estudios propios de la psicología del desarrollo hacen suyo un discurso repleto de palabras benignas que perfilan el desarrollo humano alejado del contexto social y político donde aquel tiene lugar. Términos como, “progreso”, “desarrollo”, “crecimiento”, “evolución” ofrecen connotaciones bondadosas y asépticas que sugieren que el desarrollo infantil se da siempre hacia adelante, de forma homogénea, lineal y natural. La idea de progresión ininterrumpida se ve reforzada por un lenguaje científico vulgarizado en revistas, programas matutinos o pequeños reportajes donde “expertos” hablan de “los niños” o “los adolescentes”.

En la práctica, suele echarse en falta un cuestionamiento a las concepciones teóricas dominantes sobre la infancia que terminan siendo consonantes con una agenda política conservadora. De ahí que no sea extraño que las más de las veces los temas de interés que se ventilan popularmente y que atañen a la infancia se remitan a cuestiones disciplinarias, de crianza (con énfasis en la obediencia, por supuesto), problemas de aprendizaje, el fortalecimiento de la familia nuclear o la trillada y poco pensada “pérdida de valores”, supuesta amenaza que se cierne sobre los jóvenes de hoy y que suele derivar y mezclarse con confusos y superficiales aleccionamientos religiosos puritanos.

Para Burman (1997), entonces, la psicología del desarrollo obvia las dinámicas de poder que atenazan a la niñez y la juventud porque se supone que trabaja con un objeto inscrito en una trayectoria innata hacia la madurez. Al concebir un sujeto de estudio con un itinerario predecible, se pasa por alto tanto

el contexto en que dicho camino tiene lugar como los intereses que se ven fortalecidos por acción o por omisión. El trabajo de docencia sobre estos temas hace patente la necesidad de esta visión crítica sobre la infancia y la juventud (y de todo el ciclo vital, cabe decir) pues, ya que nuestros países no son centros dominantes de producción académica, no podemos ignorar que, cuando se importa un libro de texto, también es importado su propio contexto de producción: por lo general, los libros disponibles en nuestro país sobre el ciclo vital del ser humano provienen de España o son traducciones al castellano de libros de texto estadounidenses. El resultado: se suele estudiar el desarrollo promedio de un sujeto usualmente blanco, al menos situado en la clase media de un país de primer mundo y cuyas posibilidades de desarrollo material distan mucho de las que puede gozar la gran mayoría de salvadoreños. No debe extrañar entonces que, en ausencia de crítica del conocimiento dominante sobre el desarrollo humano, se fortalezcan visiones etnocéntricas, androcéntricas, adultocéntricas, clasistas y patriarcales. Y que en el camino, subrepticamente, se sigan alimentando desde la academia las bondades que ofrece migrar al extranjero donde, como comprueban los libros de texto al uso (y con imágenes que no dejan lugar a dudas), el desarrollo humano sí parece discurrir de forma más lineal, pues los niños y las niñas casi siempre acuden a la escuela, la crianza de los hijos es asunto de parejas maduras y no de adolescentes en situación de exclusión o los ancianos tienen pensiones que les permiten disfrutar de cómodas jubilaciones.

A la hora de aproximarse al estudio del ciclo vital, y en particular al estudio de la niñez y la juventud, por todo lo dicho, conviene tener presente ciertas precauciones analítico-metodológicas (Lefrancois, 2001), a saber:

El promedio como recurso descriptivo: los textos al uso trabajan y construyen sujetos promedio, tipos ideales, abstracciones útiles con valor heurístico, pero que en cada momento deben ser contextualizadas.

El desarrollo es dinámico y relativo: el desarrollo nunca es lineal ni estático, y no ocurre exclusivamente en los primeros estadios del desarrollo. La usual división de “estadios”, “etapas” o “fases” del desarrollo que utilizan distintas teorías constituye solo un recurso didáctico que no niega que el desarrollo o la madurez siempre es el resultado de procesos continuos y relativos, por lo que el cambio (la complejización del pensamiento, las transformaciones físicas, el vínculo con los otros) debe considerarse como inherente a todos los momentos de la vida del ser humano.

La bidireccionalidad del desarrollo: o lo que podría enunciarse como la diálectica del desarrollo (ver Martín-Baró, 1983). Es decir, que el ser humano –incluyendo a niños y jóvenes– se ve influido por su realidad, pero que también él influye en esta, en una relación de influjo y constitución mutua, y de acuerdo a diferenciales de poder disponibles. Las visiones adultocéntricas son por definición autoritarias precisamente porque niegan o pasan por alto el carácter agente de la infancia, reduciendo a los más pequeños a objetos pasivos y respondientes de los que solamente se espera que acaten la voluntad y el designio de sus mayores.

Historicismo: por si fuera necesario remarcarlo, el conocimiento debe situarse o contextualizarse en cada caso. Una visión histórica de un objeto de conocimiento conlleva el reconocimiento del influjo que sobre el mismo ejercen las coordenadas espacio-temporales particulares de cada situación de estudio así como el intento por acercarse al individuo en sus peculiaridades objetivas y subjetivas, mismas que se ven interpretadas desde el prisma de la apertura a posibilidades diversas.

Estas líneas de análisis, y en particular en la última en la que quizás se vea condensada mucho de las anteriores, son especialmente ciertas y necesarias en referencia al tema central del escrito: la niñez migrante indocumentada. Así como se sabe que la migración nicaragüense encuentra en el sur y en Costa

Rica su horizonte primordial de salida, la migración salvadoreña –ya ha sido dicho– lo hace prioritariamente hacia el norte y con miras hacia los Estados Unidos. Si la encuesta de juventud ya nos decía que el joven proclive a irse del país trabaja y estudia, también nos precisa que suele tratarse de un hombre, de sectores urbanos, que vive en el área metropolitana y oriental del país, que pertenece a un estrato social obrero y medio, y –como dato importante– que se encuentra más insatisfecho con su propia vida aun cuando esto no necesariamente significa que sea pobre (Santacruz y Carranza, 2009).

Una visión ahistórica, apriorística y muy propia de ese sesgo economicista que suele permear el tema de la migración llevaría a pensar que los recursos económicos escasos son los que sin más conducen a la migración. Sin embargo, según los datos anteriores, el motivo compuesto causante de que opten por la migración jóvenes potenciales migrantes revela esas particularidades históricas que rompen el sentido común y el reduccionismo mientras nos alertan sobre la necesidad de siempre considerar el contexto y, a través de él, mirar al sujeto concreto de nuestras reflexiones, en este caso la niñez migrante indocumentada.

Tanto las nociones de niñez como de juventud constituyen construcciones sociales que han cambiado con el pasar del tiempo y por ello es que, en cada momento histórico, deben ser analizadas atendiendo a sus implicaciones particulares (Lefrancois, 2001; Margulis y Urresti, 1998). Si dichas nociones por sí mismas son complejas y trascienden el dato superficial de la edad, el asunto se complejiza aún más cuando se añaden fenómenos peculiares que afectan de manera especial a estas categorías sociales. Esto es lo que pasa, verbigracia, si queremos pensar a la niñez y la juventud en relación a la violencia, la exclusión, la educación, la sexualidad o, en lo que nos ocupa, la migración irregular. Veamos algunos ejemplos que ilustran lo que aquí se está afirmando.

Reconociendo que no existe “la” juventud, sino “juventudes”, Margulis y Urresti (1998) sostienen que, por el contrario, a la hora de pensar en jóvenes se suelen evocar características uniformes influenciadas por el mercado que convierten a lo joven en un elemento de prestigio –lo juvenil–, al tiempo que se resalta un solo tipo de juventud: aquella que tiene el privilegio, por su posición de clase y su consiguiente disposición de recursos, de postergar indefinidamente su preparación personal y su ingreso a la adultez con las demandas que eso conlleva (familia, trabajo, etc.). Este proceso de postergación existencial es lo que se denomina como *moratoria social*. No obstante, precisamente porque existen distintas formas de ser joven y que esta variabilidad debe ser historizada, es que –en países como El Salvador– más bien es menester prestar atención a esa mayoritaria juventud que acusa una condición de *premura social* (Orellana, 2005). Es decir, el aceleramiento vital promovido por la escasez de recursos que orilla a muchos niños y jóvenes a abandonar las tareas del desarrollo esperadas para su edad (el juego, el tanteo en la conformación de pareja, el estudio) y que los somete a un proceso de adultización prematura y, con ello, al enfrentamiento de retos, careciendo de las herramientas necesarias que vuelven más complicada su existencia y cierran sus horizontes de desarrollo y el de los suyos. En la encuesta de juventud de 2007, se encontró que aquellos jóvenes que ya habían formado su propio hogar también habían dejado el hogar paterno antes de alcanzar los 17 años, y era más probable que ya hubiera formado su hogar una joven, proveniente de la zona rural, cuya edad oscilara entre 20 y 24 años y que presentara un bajo nivel de educación (Santacruz y Carranza, 2009).

En lo que a ahistorización de la niñez y la juventud, la migración y construcciones sociales se refiere, Gaborit, Zetino, Brioso y Portillo (2012) sostienen que existe una serie de representaciones que consolidan una construcción del mismo proceso migratorio y del joven migrante retornado. Existiría un imagi-

nario cristalizado mediáticamente según el cual quien migra se embarca en una suerte de lucha aventurera y heroica consonante con el ideario salvadoreño de lucha y sacrificio, pero que también se adscribe a una visión masculina hegemónica. Si se trata de un migrante retornado, el migrante se transforma en un “deportado”, al que se le adhiere un halo de fracaso y hasta de presumible peligrosidad porque se relaciona con el retorno de pandilleros o con la comisión de delitos ocurrida en el exterior. Poco puede haber de heroísmo allí en donde de fondo predomina la tragedia y la carencia de opciones, así como cunde la equivocación al criminalizar a un compatriota en desventaja a través de una acusación cegada por nociones distorsionadas de lo que constituye el éxito social, especialmente si se trata de un niño o una niña, por no haber podido cumplir con una tarea titánica, compleja y con la que se corre con una pléyade de contra-tiempos desde su inicio como ocurre con la migración indocumentada. En este sentido, el reto de cualquier disciplina académica, institución, proceso de investigación o intervención y de la sociedad en general siempre será centrarse en los procesos y las necesidades reales de niños y niñas reales que desarrollan su existencia en contextos político-culturales particulares, en lugar de estudiar supuestos fenómenos e individuos que dan rostro a nuestra burda proyección distorsionada y conveniente de las cosas.

2.2. El carácter dinámico de la condición y de la experiencia de la niñez migrante irregular

Para nadie es un secreto que El Salvador y el istmo centroamericano en general conforman un contexto cambiante. El carácter variable de las condiciones que los países centroamericanos ofrecen a sus ciudadanos se expresa, por ejemplo, en las transformaciones demográficas que se han mencionado más arriba, la vulnerabilidad ambiental, la volatilidad social concretada en la protesta social y en la violencia delincuencial, la rebusca propia de la precariedad y, por supuesto, los cons-

tantes procesos migratorios internos y hacia el exterior (PEN, 2008). Lo cambiante, entonces, hace referencia aquí, en primera instancia, a una realidad que presenta unas características singulares. Pero, de manera más precisa, lo cambiante y dinámico de este contexto alude a la existencia de rasgos imprevisibles, escurridizos y multidireccionales, tanto para el ojo del observador como para los mismos actores sociales situados en ellos, los cuales se ven enfrentados a procesos relacionales y subjetivos emergentes. Procesos así toman forma de manera especial en la condición y la experiencia de la niñez que migra de manera irregular hacia los Estados Unidos. Según ideas vistas más arriba, la condición de niñez en sí misma conlleva la consideración de unos avatares que trascienden la rígida delimitación etaria o el encasillamiento en estáticas etapas del desarrollo para inscribirse en procesos históricos, relaciones de poder y hasta en verdaderos ejercicios de supervivencia cotidiana. Y si la condición de niñez, con su aparente esencia concreta no escapa al dinamismo que se está describiendo aquí (singular, cambiante, emergente), no es de extrañar que otros aspectos igualmente con apariencia de ser datos dados y cerrados también puedan ser interpretados desde el carácter dinámico que estamos discutiendo. Este es el caso del afrontamiento y gestión del riesgo y el de la construcción de la ruta migratoria.

2.2.1. Riesgo y protección: el peso de la subjetividad y permutabilidad

Los factores de riesgo y de protección constituyen un conjunto de realidades y de disposiciones que, al encontrarse presentes, propician o impiden, respectivamente, el apareamiento de una condición determinada. Es decir, que, para el caso de la migración irregular, en tanto fenómeno complejo que acarrea consecuencias de distinta naturaleza, también es posible identificar la existencia de aspectos que favorecen o frenan su aparición. Según Martínez, García-Ramírez y Martínez (2005), los procesos migratorios son el resultado del interjuego de factores situacionales

(instigadores o impedimentos) y de factores personales (facilitadores o inhibidores) que se producen en un contexto de origen determinado y que derivan en el deseo de migrar. Perry (2012) nos ofrece una amplia gama de los factores de riesgo que la literatura disponible sugiere que podrían contribuir a detonar la migración irregular. Puede interpretarse que el reverso de cada uno de los factores, a su vez, podría conformar un posible factor de protección que llevaría a las personas a tomar la decisión de no abandonar su país. Los factores de riesgo para la migración irregular pueden clasificarse en tres categorías: *factores crónicos*: fallas fiscales profundas, disparidad económica severa y altos y sostenidos niveles de crimen organizado; *factores situados a nivel nacional*, donde se incluyen factores económicos (desempleo, bajo crecimiento económico, etc.), factores sociales (inseguridad y conflicto social, entre otros), factores ambientales (vulnerabilidad sísmica, carencia de agua potable, etc.), factores geopolíticos (niveles de gobernabilidad o de debilidad estatal); y *factores situados a nivel subnacional*: factores sociodemográficos (urbanización, densidad, etc.) y factores geográficos (como la cercanía de fronteras o recursos valiosos).

El listado de factores de riesgo anterior permite subrayar el carácter dinámico de la migración infantil irregular del que se viene hablando, por encima de la relativa obviedad de la influencia de causas o factores en la decisión de migrar. En primer lugar, *los factores de riesgo actúan en conjunto*, nunca como entidades separadas o como causas únicas. Esta visión es consonante con concepciones contemporáneas de la exclusión social (Pérez Sáinz y Mora, 2007) que muestran que la misma funciona a base de acoplamientos, esto es, que una condición de exclusión suele verse agravada por la presencia y superposición de otras condiciones de exclusión. Desde este punto de vista, un contexto violento y socioeconómicamente precario orilla con mayor intensidad hacia la migración que un contexto en el que solo se experimentan carencias sociomateriales. En segundo lugar,

la clasificación ofrecida por Perry muestra la tendencia académica dominante, según la cual únicamente suelen ser considerados factores contextuales u “objetivos” dentro de la casuística de la migración, mientras se da por descontado que esos factores conducirán a un único resultado subjetivo: la decisión de migrar. Hecho el consabido recuento de factores objetivos, *la subjetividad aparece añadida, de forma mecánica y carente de contenido*. La faceta subjetiva, pues, queda relegada a un segundo plano cuando también es posible considerar que ciertas disposiciones psicosociales también contribuyen como instigadores o inhibidores de la migración irregular. Veamos algunos ejemplos de este segundo punto con mayor detenimiento.

Como fue mencionado, la encuesta de juventud que se ha venido mencionado (Santacruz y Carranza, 2009) mostró, de manera contraintuitiva, que es más probable que un joven tome la decisión de migrar si tiene empleo: en otras palabras, no es necesariamente la falta de trabajo o los niveles de desempleo objetivos, sino la constatación de la posible mala calidad del mismo, la remuneración u otros factores aparejados son los que contribuyen a activar la aritmética mental necesaria para optar por la migración; este aspecto es crucial considerarlo en el caso salvadoreño, pues de hecho sus niveles de desempleo son bajos, siendo descomunales los niveles de subempleo y la proliferación de empleos de mala calidad (ver PNUD, 2008). Por otro lado, se ha podido constatar² que el intercambio con la red migrante, la sensación de inseguridad y la exposición indirecta a la violencia, así como las actitudes favorables hacia el “sueño americano” y la migración, constituyen algunos factores subjetivos cruciales a la hora de considerar la salida del país en jóvenes potenciales migrantes. Estas tendencias, además, se ven permeadas por aspectos como la edad y el género, no como elementos demográficos, sino en tanto reali-

dades psicosociales. Los menores migrantes suelen ser adolescentes, jóvenes por tanto que exhiben rasgos que explican mucho de su autopercepción de competencia para cumplir la exigente tarea de la migración indocumentada. De acuerdo con Craig (2001), uno de los rasgos característicos del adolescente es la *fábula personal*, es decir, la lectura que realiza el joven de sí mismo, la que lo lleva a considerar que es especial y, para lo que nos ocupa, invulnerable, inmortal y capaz de sobrellevar cualquier empresa humana, como si las leyes de la naturaleza pudieran verse suspendidas en su favor. Tanto el “valor” como la exposición al riesgo se nutren de disposiciones como las mencionadas, así como del factor género, quizás como un rasgo nutrido de la masculinidad hegemónica que prevalece en nuestra cultura: son los jóvenes los que suelen verse más inclinados a la migración irregular. Este dato se ve ratificado con las tendencias migratorias actuales, como vimos antes, pues de los menores centroamericanos deportados en los últimos años, el 77 % eran varones y, solo para el caso salvadoreño, según el CONNA, este porcentaje se elevó al 84.7 % de los menores deportados (Álvarez, 2013).

El tercer y último punto que cabe destacar, remite a la tendencia combinatoria de los factores de riesgo y de protección y al papel complementario de las disposiciones subjetivas en la migración irregular. Nos referimos a *la capacidad transmutable del riesgo y de la protección*. Lo que se está sugiriendo aquí es, primero, que el riesgo y la protección no constituyen categorías claramente excluyentes o una dicotomía y, en segundo lugar, que el dinamismo último del riesgo y de la protección puede llegar a operar con base en la permutación, debido al carácter siempre emergente y provisional que adquiere la migración y la misma experiencia migrante.

El ejemplo paradigmático de este atributo del riesgo y de la protección –la permutabi-

2. Datos preliminares de la investigación: *Atrapados en la tela de araña: la migración irregular de niñas y niños salvadoreños hacia los Estados Unidos*. Informe presentado a la Fundación Ford, marzo 2014.

lidad— nos lo ofrece un fenómeno que ya ha sido mencionado en estas páginas y que, al igual que la migración, exhibe en su manifestación rasgos cambiantes ligados al riesgo y la protección: hablamos de la violencia; en concreto, la supuesta capacidad protectora que ofrece el uso de un arma de fuego. La creencia popular y la no pocas veces abierta promoción que realizan algunos sectores y los medios de comunicación para su uso sostienen que portar un arma de fuego protege al individuo ante la amenaza de la violencia y la delincuencia. Sin embargo, como fue comprobado fehacientemente hace ya algunos años (PNUD, 2003), el uso de un arma de fuego como objeto de defensa incrementa hasta en 43 veces la posibilidad de morir en el evento. ¿Por qué ocurre esto? Algunos motivos que explican este resultado serían la posible inexperiencia del portador del arma, el grado de perturbación emocional que supone un evento que amenaza la integridad física o patrimonial y que afecta cualquier respuesta efectiva de defensa y el factor sorpresa que siempre se encuentra del lado del atacante. En suma, pues, la protección deviene en riesgo porque el evento que se enfrenta (el asalto, la amenaza) es novedoso, porque supera la capacidad de respuesta del individuo y porque sus características, aun intentando anticiparlas de distintas maneras —practicar el uso del arma, tomar precauciones, etc.—, no impiden que adopte giros sorpresivos, imprevisibles e inimaginables.

Características como las apuntadas —imprevisibilidad, potencial disruptivo, etc.— emparentan la violencia con la migración en tanto que ambos fenómenos suelen superar cualquier esfuerzo de anticipación y someten a aparentes contrasentidos a la experiencia personal de quien los enfrenta. En la migración infantil irregular, ocurren situaciones similares a las vistas con el ejemplo de la supuesta capacidad protectora del arma de fuego: entre los menores migrantes y, por supuesto, especialmente entre las chicas, un riesgo muy grande es el de sufrir abuso sexual. Debido a ello, y gracias a un conocimiento

colectivo que tiende a replicarse, muchas jóvenes optan por el uso planificado de métodos anticonceptivos (ver Gaborit, Zetino, Brioso y Portillo, 2012). Aparentemente, esto supone un factor de protección ante una amenaza real del proceso migratorio y, sin embargo, por lo mismo, supone la posibilidad de minimizar ese mismo riesgo o lograr cierta ilusión de control que contribuye a emprender la salida. Es decir, en este caso, protegerse podría incrementar el riesgo. Asimismo, en una de las entrevistas llevadas a cabo en la Estación Siglo XXI de Tapachula, desarrollada en el transcurso de la investigación *Atrapados en la tela de araña*, una joven contó que, al ser “capturada” en la estación migratoria, estuvo encerrada con decenas de hombres. Sin duda un escenario de riesgo para cualquier mujer, especialmente en las circunstancias singulares en las que se encontraba. No obstante, ese riesgo cambia progresivamente a protección —y así lo vivencia y manifiesta ella misma— cuando se generan alianzas entre los hombres y ella, cuando progresivamente se forma un ambiente de camaradería y, según comenta la joven en mención, incluso de confianza y de confidencia.

En suma, en la práctica, lo que en un momento aparece como un factor de riesgo se convierte en determinadas circunstancias —y a veces de forma súbita— en un factor de protección, y viceversa; también habrá que considerar que existen factores de riesgo y de protección que interactúan a distintos niveles. Y algo similar ocurre con la interpretación de aquello que es expone y de aquello que protege. Esta tendencia dinámica apuntada está alimentada por la fluidez y lo cambiante del propio proceso de migración que a continuación veremos, la capacidad agéntica de la niñez (aunque a veces dicha agencia se nutra de la fábula personal, de esa ilusión de invulnerabilidad) y de la permeabilidad conceptual de los constructos mismos.

Cabe decir que, ante realidades cambiantes, provisionales y móviles, es esencial considerar el empleo de categorías

analíticas con propiedades similares. Con el riesgo y la protección ocurre esto: el riesgo como la protección nunca son absolutos, se componen de realidades híbridas (objetivas y subjetivas, situadas en distintos niveles de análisis) y constituyen construcciones sociales que hasta son objeto de elección por parte de los grupos sociales (Fernández-Ríos, 1994). La “resiliencia” es un buen ejemplo de lo anterior. Constituye una característica que colapsa o fusiona en sí misma concepciones aparentemente dicotómicas al sugerir que la fuente de la fortaleza es la debilidad, que el crecimiento proviene de tocar fondo, que el miedo puede devenir en conciencia y en liberación o que la adversidad conlleva aprendizajes insospechados. Estamos ante una discusión teórica y fenomenológica que abre nuevos derroteros de discusión en torno al usual estatismo de las categorías de análisis, el efecto mecánico de los factores “objetivos” que promueven la decisión de migrar, la usual ausencia del carácter extraordinario y cambiante de la migración irregular y de los dinamismos que la subjetividad social aporta al proceso.

2.2.2. La ruta migratoria como construcción social y como fuente de procesos subjetivos emergentes

Según lo dicho, es posible afirmar que el dinamismo del que se habla se presenta de manera especial en *el interjuego de objetividad y subjetividad propio de la experiencia migrante*. Esto es especialmente cierto a la hora de considerar una partida peculiar que implica diversos momentos y trayectorias. Según Gaborit y cols (2012), los procesos migratorios se reconfiguran constantemente de manera objetiva y subjetiva y lo hacen a partir de tres momentos entreverados: *La etapa premigratoria*: la que se caracteriza por el ejercicio decisorio que se descompone, a su vez, en procesos de consulta que involucran a las redes nacionales e internacionales donde emergen procesos subjetivos ligados a la toma decisiones (negociaciones, persuasiones, etc.), y la deliberación propiamente dicha, donde

se van produciendo preparativos afectivos y materiales con grados de sofisticación y precisión crecientes para emprender la marcha, al tiempo que se anticipan posibles resultados del proceso (es la llamada fase reactiva). Esta fase premigratoria se ve asistida por actores y procesos psicosociales que contribuyen con la configuración subjetiva del proceso en ciernes. *La ruta migratoria*: la ruta no es el camino o el suelo que se pisa, sino el escenario migratorio construido. Conlleva la activación de procesos de expulsión que, aliñados con procesos psicosociales particulares (expectativas, conocimientos, entre otros), llevan a enfrentar realidades que se pudieron anticipar o no en los momentos preliminares del viaje (asaltos, accidentes, privaciones).

La ruta migratoria puede culminar en un punto de llegada atractivo o en orientaciones que terminan expulsando al migrante de los Estados Unidos. *La inserción en Estados Unidos y el posible retorno al país de origen*: es decir, la posibilidad de ajuste vital a la realidad del país del norte y la consiguiente resignificación del proceso migratorio y la inserción en distintos ámbitos del nuevo contexto que permiten valorar el camino recorrido. Esta fase cerraría con la presencia de acontecimientos que impelen al retorno a El Salvador y las readecuaciones objetivas y subjetivas que la vuelta obliga a realizar. Retomaremos este punto cuando discutamos las implicaciones del estrés aculturativo.

Como puede observarse, la migración constituye un esfuerzo formidable cuya complejidad se ve amplificada de manera crucial por la aritmética cognitiva, afectiva, relacional e infraestructural que requiere para llevarse a cabo. Se trata de una aritmética nunca lineal, sino recursiva, que funciona a base de vaivenes, tanto por lo cambiante de las emociones y los cálculos implicados como porque el mismo viaje puede ser cíclico, signado muchas veces por numerosos intentos de salida y de retornos. Y si esto es verdad para la migración irregular en general, no menos exigente debe esperarse que sea el

proceso para los niños, las niñas y los jóvenes que se ven orillados a migrar ilegalmente. Si como la evidencia muestra, la motivación para migrar es compuesta y se produce por el influjo simultáneo de la búsqueda de un mejor horizonte de oportunidades, debido a la amenaza de la violencia y por la búsqueda de la reunificación con la familia de origen que se ha ido con antelación (también de manera ilegal en muchos casos), una lectura derivada de dicho cuadro motivacional nos presenta, en su reverso negativo, un escenario de vulnerabilidad, amenaza y de coerción vital que se cierne sobre los más pequeños: la niñez migrante, pues, se ve enfrentada rápidamente a la carencia de oportunidades, a la amenaza de la muerte violenta y las pandillas, así como la desestructuración familiar que genera la migración.

Son estas condiciones alarmantes las que añaden más revoluciones a la velocidad con que se mueven los procesos migratorios que envuelven a los menores y las que conceden ciertos rasgos peculiares a la dinámica migratoria en la que se ven inmersos: la estrechez de oportunidades precipita metas vitales como preámbulo de la migración (obtener el noveno grado o el bachillerato). Es posible que la obtención de cierto grado educativo constituya una especie de rito de paso que activa, en el joven y los suyos, el conteo regresivo para salir finalmente del país; la ubicuidad y el carácter imprevisto de la inseguridad, especialmente debido al accionar de las pandillas, suele obligar a tomar decisiones súbitas con el fin de proteger la integridad personal; y por último, la existencia de una red o comunidad migrante, local y en los Estados Unidos, mantendría una presión socializadora y atractiva para la migración y la reunificación familiar.

De hecho, la migración hacia los Estados Unidos de niños, niñas y adolescentes de manera indocumentada en Centroamérica parece manifestarse esencialmente de dos maneras. La primera tiene que ver con la ya mencionada *violencia y su impacto*. Esta aparece y se instala en los centros escolares

y los vecindarios, particularmente por el reclutamiento forzoso y otras acciones intimidatorias por parte de grupos pandilleriles o la actuación de otros grupos vinculados al crimen organizado en distintos lugares del país. Esta actuación pandilleril ha evolucionado de tal forma que hoy en día se evidencia no solo en los centros escolares ubicados en zonas marginales de los centros urbanos, sino que aparece también en pequeños poblados que hace una década no conocían esa forma de violencia. Esto está impulsando a no pocos niños, niñas y adolescentes a iniciar procesos migratorios indocumentados con la intención de escapar de esa forma de violencia (ACNUR, 2014; Kennedy, 2013; Women's Refugee Commission, 2012). Efectivamente, de alrededor de 140 niños, niñas y adolescentes de México, Honduras, Guatemala y El Salvador, para quienes la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos asistió legalmente en 2011 en su esfuerzo de reunificación familiar, aproximadamente un 41 % por ciento identificó la violencia como la razón fundamental de su migración (United States Conference of Catholic Bishops, 2014). En entrevistas realizadas por los autores en el Centro de Atención al Migrante de la Dirección General de Migración y Extranjería de El Salvador, aproximadamente un 19 % de los menores repatriados desde México señala la misma razón.

Esta forma de violencia en contra de los menores centroamericanos tiene dos manifestaciones concretas. En primer lugar, hay intentos explícitos de reclutar a los menores para que formen parte de las pandillas por medio de amenazas y otras formas de violencia directa. Al inicio, los menores intentan vadear como pueden los intentos de reclutamiento. Al final, habrán de decidir si pueden seguir negándose o si tendrán que salir del país. En segundo lugar, las familias de los menores son extorsionados y tienen que pagar renta a la pandilla para que sus hijos o hijas no sean reclutados. Sin embargo, esta situación es insostenible en el tiempo, ya sea porque la renta sigue escalando o los

padres no cuentan con esos recursos económicos, o porque, en definitiva, lo que más interesa a la pandilla es reclutar al menor y no tanto el dinero que la amenaza produzca. En última instancia, los padres tendrán que decidir si su hijo o hija tendrá que migrar de manera indocumentada. Aunque “la tregua”³ que acordaron las dos principales pandillas en El Salvador en marzo de 2012 incluye renunciar al reclutamiento en los centros escolares, todavía no se logra evidenciar que, efectivamente, las pandillas hayan desistido de hacerlo. El acoso de las pandillas como razón de peso para migrar de manera irregular hacia los Estados Unidos conlleva la puesta en marcha de una salida rápida y, en algunos casos, de manera súbita, aunque no sin planificación previa.

La segunda dinámica se podría denominar migración en *cascada*. Esta se caracteriza por la eventual migración de los menores precedida por la migración —típicamente también indocumentada— de sus progenitores (Suárez Orozco y Suárez Orozco, 2003; Pottinger, 2012). Esta variante migratoria tiene varias formas: a) uno de los progenitores o ambos viajan con sus hijos e hijas; b) primero, migra uno de los progenitores —usualmente el padre—, quien después lleva a la pareja y, eventualmente, sigue el niño o la niña; c) los hijos pueden seguir en serie a reunirse con su padre o madre en los Estados Unidos. En muchos de los casos, los padres dejan al menor al cuidado de familiares en la espera y con la promesa de que, después de poco tiempo, mandarán a traerlo. El tiempo que toma la reunificación de los niños o las niñas con sus padres puede prolongarse más allá de lo anticipado, debido a razones económicas o migratorias de los mismos padres. La tutela de los menores en ese compás de espera queda a cargo de otras mujeres familiares adultas, en

lo que Hochschild (2001) ha dado en llamar la “cadena femenina global de cuidado”.

La separación de sus progenitores debido a la migración es, por lo general, experimentada negativamente por los menores. El miedo de no acordarse de sus padres para los más pequeños y el resentimiento, el sentimiento de abandono y el enojo de los adolescentes están cada vez mejor documentados en este tipo de separación. Aun cuando los menores queden al cuidado de familiares que, en el mejor de los casos, les proveen un ambiente seguro, cálido y amoroso, los menores tienen que lidiar con sentimientos de duelo, pérdida y dificultades de apego (Glassgow y Ghouse-Shees, 1995) y, con frecuencia, resentimiento, rechazo, miedo y enojo (Crawford-Brown y Rattray, 2001). Hay evidencia de que este proceso de separación puede causar dificultades psicológicas que pueden manifestarse en distintas formas de conducta antisocial, retraimiento o conductas depresivas (Crawford-Brown, 1993; UNICEF, 2011). Sin embargo, Suárez Orozco, Todorova y Louie (2002) señalan que, debido a los lazos familiares fuertes que suelen caracterizar a las familias centroamericanas, el apoyo recibido por familiares bajo cuya tutela quedan los menores ayuda a aminorar ese impacto negativo. Como en otras áreas de funcionamiento psicológico, mucho ayuda tener una red de apoyo que favorezca formas saludables de afrontamiento. Con todo, no existe evidencia clara que indique que los niños migrantes reporten índices de patología superiores a los de la población en general (Alegría y cols., 2007; Suárez-Orozco y Carhill, 2008). En seguida se dirá algo de los procesos de reunificación familiar.

¿Puede afirmarse en este contexto que la migración infantil es voluntaria? Evidencia empírica muestra que en países desarrollados

3. Al respecto, uno de los últimos comunicados de las pandillas Barrio 18 y MS-13 dice: “Hemos considerado hacer un segundo gesto de buena voluntad, el cual consiste en declarar todos los centros escolares del país, públicos y privados, como zonas de paz; es decir, ya no serán considerados como zonas en disputa territorial, lo cual permitirá que alumnos y maestros puedan desempeñar sus actividades educativas con toda normalidad, y los padres de familia se liberen de toda preocupación cuando envíen a sus hijos a la escuela” (Valencia y Luna, 2012, párr. 1).

(Reino Unido, para el caso) donde la preocupaciones vitales sin duda son menos dramáticas para la niñez y sus familias, los niños y las niñas suelen ser tomados en cuenta solo de manera marginal a la hora de formular los planes de migración familiar (Bushin, 2009). Aun aceptando que hasta en las situaciones más adversas existen márgenes de decisión, que siempre hay opciones, no es una exageración afirmar que lo que parece ocurrir en nuestro medio es que es la avasallante circunstancia –cerrada, violenta y desintegradora– la que toma buena parte de la decisión de migrar que luego “se impone como la mejor opción vital” para muchos niños, niñas y jóvenes.

2.3. Efectos subjetivos y relacionales derivados de la experiencia migratoria irregular

La condición de migrante en los distintos momentos de la vida de niños, niñas y adolescentes crea circunstancias y consecuencias peculiares en su desarrollo asociados a la separación de los padres que se han marchado ya a los Estados Unidos, y a las estrategias de afrontamiento que los menores utilizan para definirse personal y socialmente. A continuación, discutiremos algunos aspectos relativos al desarrollo psicosocial de la niñez que tienen particular importancia en tanto desafíos al bienestar subjetivo de la niñez migrante. Lo haremos abordando seis temas interrelacionados: la resiliencia y su modo de operar al interior de las personas, el desarrollo emocional y su vinculación con los estilos parentales, la complicada dinámica de la reunificación familiar, el desarrollo de la autonomía, la condición del acompañamiento en la ruta migratoria, y el estrés aculturativo.

2.3.1. Resiliencia

No todo respecto al crecer con una identidad migrante tiene un tinte negativo. Como en otras áreas de experiencias difíciles y traumáticas, las personas muestran cierta resiliencia y emergen de esas experiencias

no solo no dañadas, sino fortalecidas. En la resiliencia confluyen tres dominios interrelacionados: el individuo mismo, la familia y el medio ambiente social. Cicchetti y sus colaboradores (Cicchetti, 2013; Cicchetti, 2010; Cicchetti y Blander, 2006) argumentan que el funcionamiento positivo en la niñez está influenciado por una red compleja en la que confluyen la composición biológica y psicológica de la persona, las experiencias actuales y el significado que la persona le adscribe, las decisiones que se van tomando y que van creando caminos de bienestar y el propio historial evolutivo, entre otros. En cuanto a la persona misma, aquellas que tienen una autoestima alta, un sentido realista de autocontrol y mantienen un sentido de esperanza muestran conductas resilientes (Werner, 1993). Un ambiente familiar cálido que provea apoyo emocional y donde existe una clara y razonable estructura de límites está asociado a conductas resilientes, a pesar de que el niño o la niña no cuente con la presencia de uno o ambos padres (Suárez Orozco, Todorova y Louie, 2002).

Finalmente, la resiliencia está asociada a un entorno social donde familiares, amigos y la comunidad proveen apoyo social (Taylor y cols., 2013; Brooks, 1994). Este entorno social provee al niño o la niña dos cosas de enorme importancia en el desarrollo de estrategias productivas para hacerle frente a la ausencia de uno o ambos padres: consistencia emotiva y un foro donde puede hablar sobre sus dificultades, con confianza. De manera importante, la resiliencia está afiliada a la adopción de estrategias flexibles que permiten soluciones exitosas aun en momentos de alta tensión, inseguridad y falta de claridad. Un entorno familiar afectuoso provee las seguridades psicológicas necesarias para desarticular el impacto negativo que la ausencia de los padres produce en etapas tempranas del desarrollo del niño o la niña. Volveremos sobre la temática de resiliencia cuando abordemos el tema de la competencia social de niños y niñas en circunstancias donde los padres no están

presentes, no tienen una interacción cotidiana con sus hijos e hijas, o tienen una relación a distancia e intermitente.

La resiliencia que muestran los hijos y las hijas que se unen a sus padres en otro país después de un tiempo de separación familiar se puede explicar de varias formas. Algunos aducen que la migración conlleva un patrón de autoselección por medio del cual los que emprenden la peligrosa ruta migratoria son los que exhiben mayor robustez psicológica y física de antemano. De hecho, Gaborit, Zetino, Brioso y Portillo (2012) señalan que algunos jóvenes migrantes de El Salvador mencionan que se preparan físicamente para el viaje, fortaleciendo su capacidad para resistir caminatas largas. Otros sugieren que, una vez que se ponen en marcha procesos de comparación social, los niños y las niñas migrantes caen en la cuenta, experiencialmente, de que su situación actual es mejor que la anterior y muestran más esperanza (Suárez-Orozco, 1995, 2001). Como una de las razones que los jóvenes migrantes mencionan para marcharse de su país de origen es tener mejores oportunidades, el tener indicios relativamente pronto de que esto es cierto o pronto será una realidad puede alimentar ese sentido de bienestar.

En suma, conductas adaptativas y resilientes que niños y niñas muestran en situaciones de adversidad, como la ausencia de sus padres por motivo de migración, pueden estar asociadas a condiciones como las siguientes: relaciones cercanas con familiares competentes y otros adultos afectuosos en la familia y la comunidad; buenas habilidades de autoregulación, una percepción positiva de sí mismo que conlleva una alta autoestima, una motivación agéntica con el medio ambiente social que se traduce en autoeficacia y autodeterminación, y amistades estrechas con pares también con capacidades autoreguladoras (Mastens, 2007). Además, Mastens (2001) y Luthar (2006) identifican habilidades en la solución de problemas, capacidad de tener una visión a largo plazo para planificar y decidir, y estrategias de afrontamiento activas que dismi-

nuyen el uso de la negación y conductas de evitación. Igualmente, y en consonancia con lo anterior, están asociadas a la resiliencia la capacidad de encontrar sentido a las cosas en medio de las adversidades, el optimismo, el sentimiento religioso (Luthar, 2006). Con todo, conviene tener en cuenta que la resiliencia no es algo que el niño o la niña posea una vez por todas, no es fija ni inmutable (Cicchetti, 2010) y cambia según las circunstancias. Quizá la clave de todo esto en el caso de la niñez cuyos padres han migrando cuando los menores son todavía pequeños se encuentra en las relaciones cálidas, respetuosas y que fomenten la autonomía de parte de los familiares que quedaron a su cargo.

2.3.2. Estilos parentales y desarrollo emocional

Los estudios de Baumrind (1970, 1971) en el área de la psicología del desarrollo son claves para entender el papel que desempeñan los padres en el desarrollo social de sus hijos e hijas. Y aunque los estudios de esta eminente psicóloga tienen ya más de cuarenta años, aún continúan siendo un referente importante para entender esa relación dinámica entre los padres y sus hijos e hijas que tercia los fundamentos sociales de la construcción del yo (Henao López y cols., 2007; Vigotsky, 1979). Sus estudios pioneros siguen guiando la investigación contemporánea en esa área aunque ahora se conceptualiza esa relación no de manera unidireccional sino bidireccional, es decir, no solo los padres influyen en sus hijos e hijas, sino que estos también influyen en los estilos comunicativos de los padres (Darling y Steinberg, 1993; Kerr, Stattin y Özdemir, 2012; Lytton, 2000; Pardini, 2008).

Sus hallazgos ponen de relieve la relación que existe entre estilos parentales y aspectos importantes del desarrollo emocional de los niños y las niñas, como son las conductas de sociabilidad, la seguridad en sí mismos, el logro, el autocontrol y la empatía (Henao López y cols., 2007). Todas esas dimensiones tienen que ver con la competencia instru-

mental de los niños y las niñas relativa a la consecución de metas anticipadas y tienen una relevancia importante para aquellos menores y adolescentes que están contemplando migrar hacia los Estados Unidos de manera indocumentada. Dicho de otra manera, los menores que en su tempranos años introyectan una identidad migrante, disminuirían los riesgos y peligros asociados a la migración irregular si han desarrollado las competencias sociales antes descritas. Esto es particularmente importante para aquellos menores que, habiendo migrado sus padres, quedan al cuidado de familiares. Se identifican tres estilos comunicacionales y de normatización: equilibrado, autoritario y permisivo. En particular, la evidencia empírica es bastante consistente en identificar el estilo comunicacional equilibrado (padres que utilizan un control firme, pero lo acompañan con muestras importantes de cariño, amor y comprensión) en lograr niños y niñas más estable, consistentes y responsables (Henaó López y García Vega, 2009).

Prestar atención al desarrollo emocional durante la adolescencia es importante para entender el impacto que sobre él tiene la ausencia de los padres que han emigrado. Conviene recordar que, en esta etapa del desarrollo, las relaciones con los adultos tienden a ser ambivalentes (Hodges, Finnegan y Perry, 1999; Parra y Oliva, 2006; Paikoff y Brooks-Gunn, 1991). Con frecuencia, los y las adolescentes se oponen a ese mundo adulto, a sus valores, al control que ejerce sobre sus vidas, pero también lo imitan, principalmente en aquellas áreas de las relaciones sociales donde hay menos claridad y precisión (Delgado Egido y Contreras Felipe, 2008; Sánchez Queija, 2008). En definitiva, esa etapa se vive entre dos polos opuestos que con frecuencia generan conflicto: a) una mayor independencia, que implica la disminución de la influencia de los padres en áreas cada vez más amplias y; b) el aumento de la influencia de los pares con los que se tiene puntos de vista compartidos, pero que discrepan del mundo adulto (Esnaola Etxaniz, 2005; Sánchez Queija, 2009).

La adolescencia es el momento donde se acrecienta la capacidad crítica hacia los padres, se transforma el vínculo de apego típico de la niñez hacia una mayor autonomía (Oliva Delgado y Parra, 2004), se deteriora la comunicación y se multiplican las interrupciones de la conducta del adolescente por la intervención de los padres (Oliva Delgado, 2006, 2004; Oliva Delgado, Parra y Sánchez Queija, 2002; Parra y Oliva, 2006; Smetana, 2005). Se puede fácilmente colegir que la adolescencia puede ser particularmente difícil en aquellas circunstancias donde, por un lado, la ausencia de los padres por razón de su migración esté poblada de recriminaciones y resentimientos y, por otro lado, la destreza de los tutores que hacen la vez de padres al lidiar con los problemas asociados a la adolescencia esté, con frecuencia, puesta a prueba. Y si el estilo parental es poco comunicativo y autoritario, una situación de por sí complicada deviene particularmente difícil para el niño, la niña o el adolescente. Hay que recordar que el control firme acompañado de amor, afecto y comprensión, característico del estilo parental equilibrado puede ayudar al menor a transitar exitosamente esta etapa del desarrollo en ausencia de sus progenitores.

2.3.3. La reunificación familiar

La otra cara de la separación debido a procesos migratorios es la reunificación familiar. Así como la separación por causa de la migración de los padres tiene asociadas algunas dificultades para el niño o la niña, la reunificación no está exenta de las propias. Por un lado, el menor que se reúne con sus padres ve desestabilizados sus lazos afectivos con los que cuidaron de él o ella. Por otro lado, el menor puede experimentar presión para consolidar o profundizar unos lazos afectivos que, en el mejor de los casos, carecen de historia cotidiana y, en el peor de ellos, están impregnados de sentimientos negativos. En esta circunstancia, el hijo o la hija que se reúne con uno de sus padres encuentra con frecuencia, si el tiempo de la separación ha sido largo, que su padre o madre ha recons-

tituido su hogar. Hay otras personas que son verdaderos extraños para el menor, pero tiene que convivir con ellas al mismo tiempo que se le solicita mantener unos lazos afectivos que se experimentan forzados (Forman, 1993). Relacionarse con nuevos hermanos o hermanas que no conocen o con la nueva pareja de unos de los padres no está exento de tensiones y conflictos.

Hay aquí todo un proceso largo y complicado de readaptación (García Borrego, 2008; Pavez-Soto y Alcalde Campos, 2013; Suárez-Orozco y Suárez-Orozco, 2003) para el que los padres con quienes se han reunificado los menores están mal preparados. Preferencias percibidas por los menores hacia otros miembros de la familia reconstituida (otros niños, pareja) harán que el proceso de adaptación sea dificultoso. Esta dificultad se acrecienta, pues en el lugar de destino el niño o la niña tiene una red de apoyo social debilitada: se encuentra lejos de los referentes culturales que le habrán ayudado anteriormente a solventar situaciones difíciles y no tiene la presencia física de sus amigos (Sciarra, 1999) y familiares en su país de origen. El niño o la niña suele añorar la presencia y el apoyo emocional del familiar bajo cuyo cuidado creció en ausencia de sus padres (Suárez Orozco, y Todorova, 2003) y con los cuales pudo desarrollar lazos de apego típicamente asociados a los que los niños o las niñas tienen con su madre o padre.

Hay evidencia que señala que los adolescentes experimentan más dificultad en adaptarse a esta nueva situación familiar que los menores, y que son los hijos y las hijas que migraron juntos con sus padres a los Estados Unidos los que experimentan menos dificultades en la reunificación cuando se les compara con aquellos que siguieron a sus padres después (Adams, 2004; Baptiste y cols., 1997). La explicación de este efecto es relativamente sencilla: comparada con la niñez, la adolescencia se caracteriza por cambios profundos en la identidad de la persona, y es la etapa donde se examina con mucha deten-

ción la calidad de la relación con los padres y, con frecuencia, esta relación entra en crisis aun en circunstancias “normales”. Por otro lado, aquellos menores que migraron junto con sus padres no experimentaron la separación de estos y, además, el proceso migratorio mismo –particularmente si es indocumentado– provee experiencias comunes singulares que han podido dar muestra del profundo cuidado de parte de los progenitores. Si bien esa evidencia viene de estudios donde las familias son del Caribe y, por lo tanto, su lengua materna es inglés, creemos que es fácilmente extrapolable a las familias centroamericanas, ya que la dimensión de interés no se centra en el idioma, sino en la relación entre los progenitores y sus hijos e hijas.

Por otro lado, como con frecuencia los menores centroamericanos se reúnen con sus padres que viven sin documentos, estos tienen una rutina de trabajo que, con frecuencia, los obliga a ausentarse del hogar por largas horas. La ausencia del hogar como consecuencia de estas obligaciones laborales puede ser experimentada por el menor como nuevo abandono. Esta percepción de abandono puede vivirse con mayor dificultad toda vez que el menor no haya encontrado formas sociales de adaptación en el país de destino y esté lejos de los apoyos emocionales que tenía en el país de origen. De esta forma, la legitimidad parental queda en entredicho creando tensiones generacionales que con frecuencia la madre o el padre intenta solucionar imponiendo una disciplina, dificultando todavía más la recomposición de los lazos familiares (Pedone, 2003; Suárez-Orozco y Suárez-Orozco, 2003:136; Pavez, 2011).

Aunado a la pérdida de la seguridad que le proveían sus “padres sustitutos”, también pierde todo lo que le era familiar en su cultura de origen (lengua, comunidad, sistema social). Como Pottinger (2005) señala, estas pérdidas se dan precisamente en etapas evolutivas donde la identidad y el sentido de pertenencia adquieren un protagonismo importante. Así, la reunificación familiar es una experiencia

compleja que no deja de estar exenta de la percepción de abandono, reclamos por ambas partes, soledad, tensiones y desencantos. Sin embargo, y aun cuando las dificultades que se apuntan puedan ser grandes, algunos menores con frecuencia manifiestan un sentido de bienestar, ya sea porque las coordenadas culturales se alinean positivamente para ellos con un proyecto de vida de mejor calidad, ya sea porque la añoranza de una relación con el padre o la madre puede verse satisfecha.

2.3.4. Autonomía

Al considerar las relaciones de niños, niñas y adolescentes con sus padres, el fomento de la autonomía es una dimensión importante. En sentido general, la autonomía se refiere a la diferenciación emocional, cognitiva y comportamental que los menores tienen respecto a sus padres (McElhaney y cols., 2009; Sessa y Steinberg, 1991), lo que les permite desarrollar una identidad y ubicarse en su contexto con valores, metas y actuaciones propias (Van Petegem y cols., 2012). Es el producto de unas negociaciones cubiertas y encubiertas entre los deseos explícitos e implícitos de los padres y de los menores en una amplia gama de circunstancias concretas y simbólicas y que desembocan en la autodeterminación del menor o adolescente (Ryan y Deci, 2000). Conviene recordar que el deseo de autonomía no es un rechazo al control parental, sino que, fundamentalmente, tiene relación con la identidad y agencia del adolescente (Helwig, 2006; Smetena, 2002). La autonomía es de particular importancia cuando consideramos las características que permiten desarrollar, a la niñez que tiene una identidad migrante, las competencias psicosociales que le permitan afrontar las dificultades asociadas a todas las etapas de la migración.

La literatura es bastante consistente en señalar la importancia de la autonomía para el desarrollo de la autoestima, las competencias instrumentales que permiten una relación positiva con el medio ambiente social y el sentido sano de la exploración de capacidades

internas asociadas con el bienestar psicológico (Smetena y Villalobos, 2009; Zimmer-Gembeck, 2003). Es igualmente consistente en señalar que la autonomía es facilitada por un estilo parental que es cálido y brinda apoyo a las peticiones y expectativas de independencia que el niño o la niña va demostrando a medida que va creciendo (Daddis, 2011; Fuligni, 1998). Investigaciones empíricas (Smetena, 2002; Smetena y Asquith, 1994) identifican cambios en las creencias tanto de los adolescentes como de los padres sobre aquellos aspectos de la vida de los menores que se consideran legítimamente bajo el control de los padres.

Esos estudios llegan a dos grandes conclusiones respecto a los cambios. Primero, que con la edad se expanden los ámbitos de decisión sobre los cuales se reconocen que sean los mismos adolescentes los que desempeñen el papel más protagónico. Así, con el desarrollo evolutivo, son los mismos hijos los que creen que deben ser ellos los que deben decidir sobre más cosas de su vida, lo cual cuenta, en muchos casos, con la aprobación de sus progenitores. Esto es importante en el tema de la migración indocumentada, ya que a medida que el menor va desarrollando su autonomía, mayor es su expectativa y la de sus padres, de que sea él mismo quien decida si emprende camino o no. El padre o la madre concuerda facilitando el recurso económico que valide esa decisión. Segundo, que estos cambios en las creencias son selectivos, es decir, no se aplican a todos los ámbitos de la vida del menor. Los adolescentes no muestran mayor resistencia a la autoridad parental en cuestiones relativas a la moral o los hábitos que garantizan la convivencia social. Quedan, sin embargo, exentos, en la mente del adolescente todas aquellas cosas que atañen la seguridad personal y los gustos y preferencias. De nuevo, al considerar los riesgos y peligros asociados a la migración irregular, cuanto mayor sea la edad de los menores y se acerquen a la mayoría de edad, mayor será el convencimiento de que esta decisión debe de estar en manos del menor mismo. Cuando

este convencimiento no es compartido, sobre todo en lo que atañe el tema de seguridad, entonces se crean tensiones y será necesario renegociar los límites de la autoridad parental (Smetana y Villalobos, 2009).

En otras palabras, en lo que respecta al desarrollo de la autonomía, hay dos elementos que considerar. Primero, que la autonomía aprovisiona al niño, niña o adolescente de aquellas habilidades que, en el futuro, le permitirán vadear dificultades con mayor destreza y éxito. Segundo, que la autonomía no es un concepto estático, es decir, que se posee –o no– en determinada etapa evolutiva, sino que es consecuencia de la interacción dinámica con los padres y que precisa de negociaciones constantes, en las cuales juega un papel importante la edad de los menores. Parece ser que, para la autonomía, se precisan escenarios cotidianos de interacción personal que vayan delineando esa agenda filio-parental. Si bien es cierto que los niños y las niñas de padres migrantes quedan al cuidado de familiares –típicamente la abuela– que ejercen el papel parental sustituto, está aún por determinarse si lo pueden hacer igual que los mismos padres. La pregunta surge por dos razones: a) la brecha de edad entre abuela y nietos es mayor que entre hijos e hijas y sus padres, y la brecha generacional puede incidir en el fomento de la autonomía; y b) porque el incremento de la violencia social lleva a los que ejercen la tutela de los menores a intentar tener mayor control sobre ellos, limitando las oportunidades sociales que fomentan la autonomía.

¿Qué características de la autonomía pueden ser especialmente relevantes para la niñez migrante? La autonomía está ligada a la regulación emocional y a la competencia social, ambas características tienen efectos positivos en la adaptación a contextos novedosos o rápidamente cambiantes, como los asociados a las distintas fases de la migración indocumentada. La regulación emocional se refiere a aquellos procesos psicológicos que permiten modular las emociones y las motiva-

ciones como consecuencia de cambios en el medio ambiente psicosocial o físico (Eisenberg, Hofer y Vaughan, 2007) por medio de la inhibición de respuestas dominantes y la activación de respuestas menos dominantes pero, al final, más adaptativas (Rothbart y Bates, 2006); incluye capacidades relacionadas tales como el esfuerzo intencional (persistencia en actividades relacionadas con el alcance de metas deseadas, a pesar de las dificultades) y el funcionamiento ejecutivo, es decir, la capacidad de identificar deliberadamente y sostener procesos cognitivos pertinentes a la meta por medio de cambios en los procesos de atención y el mantenimiento de la flexibilidad cognitiva (Garon, Bryson y Smith, 2008).

La competencia social tiene relación con el desarrollo de destrezas que permiten un adecuado ajuste entre los deseos y las preferencias personales y los requerimientos sociales. Tiene que ver, además, con la habilidad de propiciar una comunicación apropiada y efectiva en las relaciones interpersonales, con la capacidad de inhibir la impulsividad en situaciones de conflicto interpersonal, y con el mantenimiento de conductas orientadas al logro de metas (Riggs y cols. 2006). En la base del desarrollo de la competencia social, se encuentran importantes habilidades cognitivas complejas, como la planificación, la organización y el automonitoreo. Todas esas habilidades son esenciales para identificar fuentes de estrés y tensión. Son, igualmente, necesarias para evaluar las estrategias utilizadas en el pasado para lidiar con esas tensiones, y para identificar estrategias de afrontamiento y de solución de problemas adecuadas para disminuir el impacto del estrés. No hay que olvidar que dentro de todo el proceso migrante la niñez migrante experimentará estrés asociado a la separación de amigos, familiares, y costumbres. Igualmente, el estrés es parte del viaje indocumentado mismo, que está lleno de peligros e incertidumbres. Está presente también en el proceso de adaptación en el país de destino, el denominado estrés aculturativo (Berry, 1997; Berry y cols., 1992; García Coll y Marks, 2009), es

decir, el que está presente en la aculturación norteamericana para aquellos menores que han viajado a los Estados Unidos.

2.3.5. Niñez migrante acompañada o no acompañada

La literatura académica y los resultados de diversas investigaciones sobre migración de menores, los datos estadísticos recabado por los distintos Estados por donde se da la migración irregular de la niñez y la discusión sobre las necesidades de protección internacional de la niñez migrante promovida por distintos organismos internacionales identifican un sujeto denominado, variadamente, niño o niña migrante no acompañado, niñez desplazada, niñez no acompañada y separada, o niñez extranjera no acompañada (*Unaccompanied Alien Children*, UAC, en la terminología de las instituciones migratorias de los Estados Unidos). Esa denominación hace resaltar el hecho de que algunos menores emprenden el viaje en compañía de familiares, que lo hacen con la intención manifiesta de proteger al menor. Pero muchos otros niños, niñas y adolescentes emprenden el viaje indocumentado hacia los Estados Unidos sin el acompañamiento de algún familiar. Así, la persona que puede acompañar al menor puede ser su padre/madre o familiar cercano, o un desconocido que se hace pasar por tal o que no manifiesta una relación cercana con el menor a no ser una relación efímera. Pero, esta caracterización, igualmente, esconde el hecho que el acompañamiento no necesariamente libra a los menores de los peligros y riesgos que les acechan en la ruta migratoria. El familiar adulto que acompaña al menor está expuesto a peligros similares a los que puede experimentar el o la menor, ya sea por su similar dependencia de terceros durante el trayecto o porque muchas actuaciones de protección personal del adulto resulten ineficaces en lugares desconocidos y poblados por personas depredadoras.

En efecto, un gran porcentaje de la niñez migrante centroamericana emprende el viaje indocumentado en compañía de coyotes que se alternan con otro tipo de guías en el camino. Ese acompañante no necesariamente está velando por la integridad física y psicológica de la niñez, la que se encuentra en situaciones de alta vulnerabilidad durante el trayecto. El niño, la niña o adolescente es cosificado como mercancía por estos personajes, que no dudan en abandonarlos, abusarlos, venderlos a terceras personas, prostituirlos, entregarlos a grupos delincuenciales, según las eventualidades del trayecto vayan dictando (Gaborit, Zetino, Brioso y Portillo, 2012). Los niños, las niñas o adolescentes que han asumido una identidad migrante aun antes de que se dé el viaje indocumentado y su padres, que alientan el viaje con la idea de obtener una reunificación familiar, conocen de estos riesgos, aunque no está claro que este conocimiento se constituya, consecuentemente, como un elemento disuasorio.

Por otro lado, convendría tomar una postura crítica sobre el mismo concepto de acompañamiento, que típicamente implica la presencia de un adulto, ya que algunos menores viajan en compañía de otros niños o niñas que pueden ser familiares o no. En nuestras investigaciones en curso⁴, hemos encontrado que, por relatos de terceras personas y por lo manifestado por menores deportados desde México, algunos menores viajan en compañía de un familiar menor, típicamente varón. Igualmente, el concepto de acompañamiento a la postre no permite diferenciar entre contrabando de personas y trata de personas. Efectivamente, la falta de acompañamiento puede representar para los menores la exposición a riesgos altos para su integridad física o psicológica. El acompañamiento, sin embargo, no los libera de esos riesgos. El dominio de la distinción entre menores acompañados o no acompañados es

4. Datos preliminares de la investigación: *Atrapados en la tela de araña: la migración irregular de niñas y niños salvadoreños hacia los Estados Unidos*. Informe de investigación presentado a la Fundación Ford, marzo 2014.

más legal que psicosocial. Ayuda a identificar las actuaciones de los distintos Estados para proteger los derechos de los menores o para iniciar acciones de protección internacional, pero no es muy útil para explicar el impacto psicosocial que la migración irregular tiene sobre la niñez centroamericana.

2.3.6. El estrés aculturativo

Como ya se ha indicado, el proceso de adaptación de los menores una vez que se han instalado en el nuevo país —Estados Unidos para muchos de ellos— conlleva una serie de negociaciones explícitas e implícitas, comportamentales y simbólicas, orientadas a asegurar el buen funcionamiento cotidiano, la salud mental y la identidad, personal y social (Suárez Orozco y Suárez Orozco, 2001) al mismo tiempo que garantizan la seguridad personal. La incidencia de ese estrés aculturativo inicia con fuerza muy pronto después de la llegada de los menores y se prolonga, con altos y bajos, a lo largo de su estancia. Para algunos menores nunca desaparece, mientras que para otros disminuye considerablemente con los procesos de asimilación cultural. Esta característica es consonante con el concepto de estrés agudo, distinguido por ser de corta duración, y estrés crónico, definido por su larga duración (Dimsdale y cols., 2005). Se está en situaciones estresantes cuando existe un desequilibrio entre las demandas ambientales y las respuestas de la persona.

En términos generales, el estrés aculturativo agudo tendría que ver con las razones de la salida del país, el viaje mismo y la conmoción cultural experimentada en el nuevo país. El estrés aculturativo crónico y múltiple estaría relacionado con las dificultades asociadas a no conocer el idioma del nuevo país, los nuevos roles que se tienen que asumir, el cambio de estatus, el racismo y la xenofobia —que, con frecuencia, se experimentan de manera sutil—, las condiciones relacionadas con la vivienda y el empleo, además de una serie de pequeñas inconveniencias recurrentes (“daily hassles”, como lo identifica la literatura psicológica,

Cassidy, 2000) que sumadas se traducen en estrés acumulativo y cotidiano. Algunos de esos estresores pueden estar bajo el control de la persona, como es el aprender el idioma o encontrar la forma más expedita y segura para trasladarse al lugar de trabajo. Otros son más situacionales y tienen relación con la cultura del nuevo país, como es el racismo, la estereotipificación negativa (Mahalingan, 2006; Rumbaut y Portes, 2001), la xenofobia, la marginalidad o la percepción de que el migrante indocumentado es ilegal y no debería gozar de la protección social de todos los ciudadanos, la marginalidad y la discriminación (Schwartz, Montgomery y Briones, 2006).

Para entender el estrés aculturativo nos centramos en la adolescencia, pues es en ella donde las personas tienen que decidir las normas culturales con las cuales se identifican y los grupos que van a ser referentes (Erikson 1959/2000; Fine y Sirin, 2007, Phinney 1990, 1992). Para una persona joven en proceso de formación de su identidad y que se encuentra en contextos culturales a todas luces foráneos, como es el caso de la niñez migrante, ese estrés aculturativo puede adquirir proporciones grandes. Mena, Padilla y Maldonado (1987), por ejemplo, reportan riesgos para la salud mental de la niñez migrante en los Estados Unidos que se manifiesta en elevados síntomas de depresión, enojo y enajenación social.

En última instancia, el estrés aculturativo se refiere a todos los desafíos que la persona migrante tiene que enfrentar al hacer la comparación entre el país de origen y el nuevo país (Berry, 1997; Berry y cols., 2006), y las diferencias que surgen relativas al valor de la persona, el bienestar, la red de apoyo social, el significado del trabajo y el ocio. Con frecuencia, estas diferencias se sobredimensionan, lo que aumenta el estrés y sentido de malestar que experimenta la persona. Tal estrés surge de las distintas dimensiones del proceso de aculturación, tales como aprender nuevas y confusas reglas culturales, las tensiones que manan de las relaciones interpersonales con la nueva cultura y la

dolorosa decisión de dirimir qué elementos culturales del país de origen mantener y cuáles del nuevo país aceptar o incorporar (Berry, 1997; Suárez Orozco y Suárez Orozco, 2001). Debido al creciente aumento de rechazo migrante de algunos segmentos de la sociedad estadounidense, el cual se manifiesta en un clima hostil para los migrantes, no es predecible una disminución del estrés aculturativo (Deux, 2006). De esta forma, como lo nota Sirin y cols. (2013), el estrés aculturativo involucra no solo las tensiones en negociar las diferencias culturales, sino que a eso hay que agregarle los desafíos asociados a la discriminación y prejuicio en el nuevo país, que ya no se antoja como país de acogida.

Sin embargo, hay que considerar el proceso migratorio en toda su dimensión para poder entender el estrés aculturativo al que pudieran estar sometidos los menores migrantes. Todo proceso migratorio se mueve en un continuo que va desde las pérdidas hasta las ganancias, ambas pequeñas y grandes. Hemos señalado muchas de las pérdidas. Pero el alejarse de la violencia en su país de origen, ver la posibilidad de tener un proyecto de vida y mejores oportunidades, la reunificación familiar, la independencia económica pueden convertirse en un contrapeso al estrés aculturativo y hacer que la migración se viva como ganancia. De esta manera, lo que a primera vista podría considerarse plagado de connotaciones negativas, para algunas personas con capacidad resiliente es algo que se vive muy positivamente.

Berry (2001) concibe el proceso de aculturación como estrategia global de la persona migrante para afrontar el proceso migratorio. Según el enfoque de este autor, el inmigrante puede terminar siendo integrado a la nueva cultura manteniendo elementos importantes de su propia cultura, llegando así a obtener un equilibrio entre los distintos requerimientos culturales. El inmigrante sería asimilado si, adoptando la nueva cultura, termina abandonando la propia, identificándose con los valores, normas y costumbres de la cultura

dominante y restándole valor e influencia a la cultura de su país de origen. Por otro lado, el inmigrante estaría separado si rechaza la cultura de la nueva sociedad al tiempo que hace esfuerzos importantes de conservar la cultura de origen. Finalmente, el inmigrante termina siendo marginado cuando abandona toda identidad cultural, lo que hace que no encuentre coordenadas culturales claras que lo ubiquen en los distintos roles que le incumben y le brinden un sentido dilatado de bienestar subjetivo. A pesar de que la argumentación teórica de Berry (2001) no está exenta de críticas por lo que algunos autores señalan como escasa aplicabilidad práctica y excesiva conceptualización, creemos que es una perspectiva muy útil para entender las tensiones y resoluciones que caracterizan al estrés aculturativo (Finch, Frank, y Vega, 2004).

3. Conclusiones

Si por algo destaca el fenómeno de la migración irregular de niños y niñas es, sin duda, por su indiscutible importancia socioeconómica y su creciente magnitud. La migración de menores de manera irregular hacia los Estados Unidos constituye un éxodo histórico que solo aproximaciones idealistas y ofrecimientos demagogos consideran reversible. Dado que se trata de una tendencia de movilización poblacional profundamente enraizada y de larga data que se manifiesta bajo circunstancias extraordinarias –indocumentación, recursividad del desplazamiento, protagonismo de diversos actores, etc.– y que atañe a adultos y menores de edad, puede afirmarse que la tragedia global de fondo (guerra, exclusión, violencia delincuencial, etc.) y la que supone el viaje mismo (desarraigo, amenazas, aculturación, etc.) ya hacían de la migración indocumentada un fenómeno digno de atención. Hoy en día, el escenario contemporáneo de la transición demográfica reedita y subraya la necesidad de redoblar el interés que merece el fenómeno en sí y el bienestar de los niños y los jóvenes, de los que ya han salido y los que saldrán. De lo contrario, lo esperable sería el aumento, a corto plazo, de la sangría

diaria suscitada por la violencia y el abandono del país y, a largo plazo, comprometer el desarrollo económico y social nacional. ¿Por qué? Porque, por negligencia y falta de visión de país, se vería desperdiciado ese bono demográfico, esas nuevas generaciones que, en condiciones ideales, deberían haberse visto resguardadas por las instituciones del país y los sistemas de salud y educación al grado –tal vez– de preferir quedarse en beneficio de la economía nacional y de los sectores dependientes (niños y adultos mayores), cuyo crecimiento augura la transición demográfica.

La complejidad y masividad del fenómeno obliga a ampliar el análisis multidisciplinario. Aquí se ha hablado desde la psicología social, perspectiva que hace eco del señalamiento previo pero, sobre todo, porque creemos menester enfatizar la importancia de la dimensión subjetiva en la trama compleja de la migración infantil irregular. Las coordenadas de análisis psicosocial presentadas –historicidad, dinamismo y dimensiones subjetivas y referidas al desarrollo del niño y la niña– ofrecen vías de discusión y criterios de análisis para tomar en cuenta que no hacen sino convocar el necesario diálogo multidisciplinario o, cuando menos, el necesario e impostergable aporte que la psicología social debe hacer a este tipo de problemáticas.

De los argumentos presentados, se desprenden implicaciones diversas para la niñez migrante en tanto objeto de estudio. A manera de recapitulación, pero también estirando algunas de las reflexiones hechas más arriba, es posible resaltar varios aspectos que la reflexión y el interés investigativo en torno a la niñez y la misma concepción de niñez en condición de migración indocumentada deben tomar en cuenta.

En primer lugar, de una u otra forma, los abordajes conceptuales sobre la niñez transmiten una *visión encapsulada y estática* de esta. El encapsulamiento está dado por la forma del abordaje: la niñez se traduce en una fotografía instantánea realizada desde coor-

denadas teóricas de la psicología evolutiva y desde el prisma conceptual de instituciones u organizaciones que se abocan al trabajo con la niñez. Este encapsulamiento se ve promovido por el irreflexivo concepto de niñez que se sustrae a las coordenadas históricas peculiares por las que esta transita y porque acuerpa, sin mayor sentido crítico, un concepto de niñez universal. En cuanto a la visión estática, aunque algunas visiones incorporan el sentido de movimiento, este está concebido linealmente y conlleva la noción de estadios, fases o etapas siempre progresivas. Es notable la ausencia del elemento de recursividad que caracteriza con frecuencia la experiencia de la niñez migrante que regresa al punto de origen solo para iniciar el proceso de nuevo. Con frecuencia, falta, igualmente, la noción dinámica propia de la ruta migratoria, de la configuración y reconfiguración de la identidad que confieren ciertos acontecimientos cuando estos se vinculan a procesos sociohistóricos que transitan en la clandestinidad y al margen de los derechos fundamentales de las personas.

En segundo lugar, está *lo fluido y cambiante de la experiencia*, es decir, el carácter dinámico del ser niño centroamericano o niña centroamericana; niñez vista no tanto delimitada por el constructo etario ni entendida por etapas evolutivas, sino definida, de manera importante, por la desubicación, el desenraizamiento y por las vicisitudes y acontecimientos de un viaje que no siempre se emprende de manera voluntaria. Esta experiencia se ubica en momentos importantes de perfilamiento y profundización de la identidad y no está exenta de situaciones traumáticas, aun cuando aparentemente el viaje pueda culminar con éxito. Igualmente, esta experiencia se da desde unos entornos sociohistóricos de marginación y exclusión social que hacen que el menor centroamericano –al menos los de Honduras, Guatemala y El Salvador– vayan introyectando una identidad migrante que opera y condiciona aun antes de que exista en su horizonte el deseo o la necesidad de migrar hacia los Estados Unidos.

En tercer lugar, la niñez se encuentra inmersa en una trama de poder que se escenifica en la forma de la decisión de migrar de manera indocumentada, las circunstancias de la misma y los intereses explícitos y velados de los distintos actores, entre los que desempeñan un papel mínimo la voluntad del menor, el interés superior de la niñez y los derechos que le asisten. Aparecen actores con distinta valencia en el continuo de lo ético y la transparencia, cada uno de los cuales tiene sus propias intencionalidades que involucran a la niñez, pero que no necesariamente toman en cuenta los deseos informados de los niños y las niñas, y que trabajan impulsando dinámicas encontradas. De un lado, aparecen la familia del menor (en los EE. UU. y en El Salvador), la comunidad de donde él proviene, la escuela, los Estados (de origen, de tránsito, de destino) y las organizaciones internacionales y locales (Iglesias, oficinas de migración, de protección a la niñez). Por otro lado, aparece la red transnacional de tráfico ilegal de personas, el crimen organizado en sus distintas variantes (trata de personas, bandas de asaltantes, etc.).

En cuarto lugar, es obvio que la condición de migración indocumentada produce un impacto profundo en la psicología y la identidad de los menores en un lapso relativamente corto. Este impacto está mediado por cierta vulnerabilidad ubicada en ese espacio donde coinciden las interacciones entre las personas, el historial personal y social del niño o la niña, y la edad de los menores cuando se activan los procesos de decisión y partida. La vulnerabilidad se ve alimentada por tres dinámicas interrelacionadas: a) la condición indocumentada misma que sitúa el proceso de migración en la clandestinidad y da pie para evidenciar las debilidades institucionales de los distintos Estados involucrados y para permitir la actuación de personas y grupos dedicados al tráfico y explotación de personas; b) la subjetividad de los menores aún en proceso de construcción y sometida a situaciones extremas de supervivencia; y c) la alta probabilidad de encontrarse en riesgo de verse expuesto

a experiencias traumáticas y de explotación. Muchos de esos impactos serán, obviamente, negativos. Pero, como fue revisado, la amplia literatura sobre resiliencia documenta que algunos impactos podrán ser positivos.

En quinto lugar, hay que resaltar que el proceso de migración es configurado y reconfigurado por los distintos actores que entran en juego cuando se trata de niños y niñas, no siendo menor la configuración y reconfiguración de ese proceso por parte de la niñez. Las aprehensiones, expectativas, inoculaciones cognitivas y planes diversos crean un escenario donde la niñez se entiende y se construye a sí misma y articula ese espacio dual subjetivo/objetivo donde se descubren carencias y fortalezas personales, comunitarias, institucionales, sociales y estatales. En esta configuración y reconfiguración del proceso de migración indocumentada por parte de los niños y las niñas, junto con el género o alcanzar cierto grado de escolaridad, parece jugar un papel importante la edad de los menores.

En sexto lugar, es importante anotar que, en la experiencia de las niñas y los niños indocumentados, aparecerán factores de riesgo y protección –antes, durante y después de haber finalizado uno de los ciclos de la migración–, pero no como categorías dicotómicas que integran unas características de uno u otro lado, sino como categorías dinámicas. La dinámica es tal que estos factores se acercan transmutándose de una manera que lo que en un momento aparecía como factor de riesgo se convierte, en determinadas circunstancias, en factor de protección, y viceversa. La dinámica está alimentada por la fluidez del propio proceso de migración, la permeabilidad conceptual de los constructos mismos y la capacidad agéntica de la niñez.

Finalmente, la niñez que aparece cuando se la estudia en condición de migración indocumentada visibiliza una niñez que se desarrolla de manera transnacional. Quedan desbordados los espacios culturales, legales, sociales de un estado o comunidad, para dar

espacio a ejes multiculturales, multinacionales y pluridimensionales, incluyendo las múltiples identidades y la aculturación. La transnacionalidad se ubica en el centro mismo de la construcción de identidades, de las legalidades e ilegalidades, de la pertenencia familiar y la ubicación de las personas en ella, del retorno o repatriación forzada, y de la forma de entender los Estados sus obligaciones sociales y las relacionadas con los derechos humanos, de la actividad económica. Entender la niñez migrante es comprender su dimensión dialéctica transnacional y reconocerlo como parte de esa nueva persona centroamericana: la persona transmigrante.

Referencias bibliográficas

- ACAN-EFE (17 de junio, 2013). *El miedo por la violencia define la vida de los niños salvadoreños, según ONU*. Disponible en <http://elmundo.com.sv/el-miedo-por-la-violencia-define-la-vida-de-los-ninos-salvadorenos-segun-onu>.
- Adams, C. J. (2000). Integrating children into families separated by migration: A Caribbean-American case study. *Journal of Social Distress and the Homeless*, 9, 19–27.
- Alegría, M., Sribney, W., Woo, M., Torres, M., y Guarnaccia, P. (2007). Looking beyond nativity: The relation of age of immigration, length of residence, and birth cohorts to the risk of onset of psychiatric disorders for Latinos. *Research in Human Development*, 4(12), 19–47.
- Álvarez, J. (10 de mayo, 2013). *Se triplica cantidad de niños que viajan solos*. Disponible en <http://www.laprensagrafica.com/se-triplica-cantidad-de-ninos-que-viajan-solos>
- Asociación Demográfica Salvadoreña (2009). *Encuesta Nacional de Salud Familiar (FESAL-2008)*. Disponible en www.fesal.org.sv.
- Baptiste, D. A., Jr., Hardy, K. V., y Lewis, L. (1997). Family therapy with English Caribbean immigrant families in the United States: Issues of emigration, immigration, culture, and race. *Contemporary Family Therapy*, 19, 337–359.
- Bauman, Z. (2006). *La globalización. Consecuencias Humanas* (3a Reimp.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Baumrind, D. (1970). Socialization and instrumental competence in young children. *Children*, 26(2), pp. 104-119.
- Baumrind, D. (1971). Harmonious parents and their preschool children. *Developmental Psychology*, 41(1), pp. 92-102.
- Berry, J. (2001). Conceptual approaches to acculturation. En K. M. Chun, P. Balls Organista y G. Marín (eds.), *Acculturation: Advances in theory, measurement, and applied research* (pp. 17-38). Washington DC: American Psychological Association.
- Berry, J. W. (1997). Immigration, acculturation, and adaptation. *Applied Psychology: An International Review*, 46, 5–34.
- Berry, J. W., Poortinga, Y. H., Segall, M. H., y Dasen, P. R. (1992). *Cross-cultural psychology research and implications*. New York, NY: Cambridge University Press.
- Brooks, R. B. (1994). Children at risk: fostering resilience and hope. *American Journal of Orthopsychiatry*, 64 (4), 545-553.
- Burman, E. (1997). Developmental Psychology and its Discontents. En D. Fox e I. Prilleltensky (Eds.), *Critical Psychology. An Introduction*. (pp. 134-149). London: Sage Publications.
- Bushin, N. (2009). Researching Family Migration Decision-Making: A Children-in-

- Families Approach. *Population, Space y Place*, 15, 429-443.
- Cassidy, T. (2000). Stress, healthiness and health behaviors: An exploration of the role of life events, daily hassles, cognitive appraisal and the coping process. *Counselling Psychology Quarterly*, 13, 293-311.
- Cicchetti, D. (2010). Resilience under conditions of extreme stress: A multilevel perspective. *World Psychiatry*, 9, 145-154.
- Cicchetti, D. (2013). Annual research review: Resilient functioning in maltreated children –past, present and future perspectives. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 54(4), 402-422.
- Cicchetti, D., Blander, J. A. (2006). A multiple-levels-of analysis perspective in resilience: Implications for the developing brain, neural plasticity, and preventive interventions. *Annals of the New York Academy of Science*, 1094, 248-258.
- Córdova, R., Burgos, D., Tablas, V. y Rodríguez, F. (2010). Las tendencias demográficas de la población adulta mayor y sus implicaciones para las políticas públicas en materia de seguridad social. *Cuadernos Salvadoreños de Población* 3. Disponible en www.fundaungo.org.sv.
- Craig, G. (2001). *Desarrollo Psicológico* (8a Ed.). México: Prentice Hall.
- Crawford-Brown, C. (1993). Factors associated with conduct-disorder in Jamaican male adolescents. Tesis doctoral: Rutgers University.
- Crawford-Brown, C., y Rattray, J. M. (2001). Parent-child relationships in Caribbean families. En N. Boyd Webb y D. Lum (Eds.), *Culturally diverse parent-child and family relationships* (pp. 107-130). Nueva York: Columbia University Press.
- Daddis, C. (2011). Desire for increased autonomy and adolescents' perception of peer autonomy: "Everyone else can; why can't I." *Child Development*, 82(4), 1310-1326.
- Darling, N., y Steinberg, L. (1993). Parenting style on context: An integrative model. *Psychological Bulletin*, 113, 487-496.
- Deaux, K. (2006). *To be an immigrant*. Nueva York: Russell Sage Foundation.
- Delgado Egido, B., y Contreras Felipe, A. El desarrollo emocional del adolescente. En B. Delgado Egido (coord.). *Psicología del desarrollo* (pp. 35-66). Madrid: McGraw-Hill.
- Dimsdale, J. E., Irwin, M., Keefe, F. J., y Stein, M. B. (2005). Stress and psychiatry. En Benjamin J. Sadock y V. A. Sadock (eds.), *Kaplan and Saddock's comprehensive textbook of psychiatry* (8 ed., Vol. 2, pp. 2180-2195). Philadelphia: Lippincott Williams y Wilkins.
- Dirección General de Estadística y Censos [DIGESTYC] (2007). *VI Censo de Población y V de vivienda*. San Salvador: Ministerio de Economía de El Salvador.
- Domínguez, A. y Polo, A. (2006). Migrantes potenciales mexicanos: sus motivaciones y actitudes hacia la aculturación. *Psicología Iberoamericana*, Vol. 14, 2, 57-62.
- Eisenberg, N., Hofer, C., y Vaughan, J. (2007). Effortful control and its socioemotional consequences. En J. J. Gross (ed.). *Handbook of emotion regulation* (pp. 287-306). Nueva York: Guilford.
- Erikson, E. (2000). *El ciclo vital completado*. Barcelona: Paidós Ibérica. (Trabajo original publicado en 1959).
- Esnaola Etxaniz, E. (2005). Desarrollo del autoconcepto durante la adolescencia y principios de la juventud. *Revista de*

- Psicología General y Aplicada*, 58(2), 265-277.
- Fernández-Ríos, L. (1994). *Manual de Psicología preventiva*. Madrid: Siglo XXI.
- Finch, B. K., Frank, R., y Vega, W. A. (2004). Acculturation and acculturative stress: A social epidemiological approach to Mexican migrant farmworkers' health. *International Migrant Review*, 38(1), 236-262.
- Fine, M., y Sirin, S. R. (2007). Theorizing hyphenated selves: Researching youth development in and across contentious political contexts. *Social and Personality Psychology Compass*, 1, 16-38.
- Forman, G. (1993). Women without their children: Immigrant women in the U.S. *Development*, 4, 51-55.
- Fulgini, A. J. (1998). Authority, autonomy, and parent-adolescent conflict and cohesion. *Developmental Psychology*, 34, 782-792. doi:10.1037/0012-1649.34.4.782.
- Fundación Dr. Guillermo Manuel Ungo [FUNDAUNGO] (2012). *Atlas de la Violencia en El Salvador (2005-2011)*. San Salvador: Autor.
- Gaborit, M., Zetino, M., Brioso, L. y Portillo, N. (2012). *La esperanza viaja sin visa: Jóvenes y migración indocumentada de El Salvador*. San Salvador: UNFPA-UCA.
- Gaitan, L. (Dir). (2008). *Los niños como actores en los procesos migratorios*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- García Borrego, I. (2008). *Herederos de la condición inmigrante: adolescentes y jóvenes en familias madrileñas de origen extranjero*. Tesis Doctoral, Departamento de Sociología, UNED.
- García Coll, C., y Marks, A. K. (2009). *Immigrant stories: Ethnicity and academics in middle childhood*. Nueva York: Oxford University Press.
- García Coll, C., y Marks, A. K. (2011). *Immigrant paradox among children and adolescents: Is becoming an American a developmental risk?* Washington, DC: American Psychological Association.
- Garon, M. K., Bryson, S. E., y Smith, I. M. (2008). Executive functioning in preschoolers: A review using an integrative framework. *Psychological Bulletin*, 134, 31-60.
- Glasgow, G. F. y Ghouse-Shees, J. (1995). Themes of rejection and abandonment in group work with Caribbean adolescents. *Social Work with Groups*, 17, 3-27.
- Harvard Graduate School of Education. (29 junio, 2009). *85% of immigrant children experience separations during migration: New findings of the Harvard Immigration Project* [press release]. Disponible en <http://gseweb.harvard.edu/news/features/suarez06292001.html>.
- Helwig, C. C. (2006). The development of personal autonomy throughout cultures. *Cognitive Development*, 21, 458-473.
- Henao López, G. C., Ramírez Palacio, C., y Ramírez Nieto, L. A. (2007). Las prácticas educativas familiares como facilitadoras de proceso de desarrollo en el niño y niña. *El Agora USB*, 7(2), 223-240.
- Hochschild, A. R. (2001). "Global care chains and emotional surplus value". En: Hutton, W. y Giddens, A. (Eds.) *On the edge. Living with global capitalism*. London: Vintage.
- Hodges, E.V.E., Finnegan, R.A. y Perry, D.G. (1999). Skewed autonomy-relatedness in preadolescents' conceptions of their relationships with mother, father, and best friend. *Developmental Psychology*, 35, 737-748.

- Kennedy, E. G. (2013). Refugiados de las pandillas centroamericanas. *Revista de Migraciones Forzadas*, 43, Estado de Fragilidad, 50-52.
- Kerr, M., Stattin, H., y Özdemir (2012). Perceived parenting style and adolescent adjustment: Revisiting directions of effects and the role of parental knowledge. *Developmental Psychology*, 48(6), 1540-1553.
- Lefrancois, G. (2001). *El Ciclo de la Vida* (6a Ed.). México: Thomson.
- Luthar, S. S. (2006). Resilience in development: a synthesis of research across five decades. En D. Cicchetti, y D. Cohen (eds.). *Developmental Psychopathology*, Volumen 3 (pp. 739-795). Nueva York: Wiley.
- Lytton, H. (2000). Toward a model of family-environmental and child-biological influences on development. *Developmental Review*, 20, 150-179.
- Mahalingam, R. (2006). *Cultural psychology of immigrants*. Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Martín-Baró, I. (1972). *Psicodiagnóstico de América Latina*. San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (1983). *Acción e ideología*. San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (1992). Guerra y trauma psicosocial del niño salvadoreño. En I. Martín-Baró (Comp.). *Psicología Social de la Guerra* (pp. 233-249). San Salvador: UCA Editores.
- Martínez, M., García-Ramírez, M. y Martínez, J. (2005). Procesos migratorios (Cap. 10). En F. Expósito y M. Moya (Coords.), *Aplicando la Psicología Social* (pp.255-276). Madrid: Ediciones Pirámide.
- Masten A. S. (2007). Resilience in developing systems: progress and promise as the fourth wave rises. *Developmental Psychopathology*, 19, 921-930.
- Masten, A. S. (2001). Ordinary magic: resilience processes in development. *American Psychologist*, 56, 227-238.
- McElhane, K. B., Allen, J. P., Stephenson, J. C., y Hane, A. (2009). Attachment and autonomy. En R. Lerner y L. Steinberg (eds.), *Handbook of Adolescent Psychology* (pp. 358-403). Nueva York: Wiley.
- Mena, F. J., Padilla, A. M., & Maldonado, M. (1987). Acculturative stress and specific coping strategies among immigrant and later generation college students. *Hispanic Journal of Behavioral Sciences*, 9, 207-225.
- Oliva Delgado, A. (2006). Relaciones familiares y desarrollo adolescente. *Anuario de Psicología*, 37(3), 209-223.
- Oliva, A. y Parra, A. (2004). Contexto familiar y desarrollo psicológico durante la adolescencia. En E. Arranz (Ed.), *Familia y desarrollo psicológico* (pp. 96-123). Madrid: Prentice-Hall. Pearson Educación.
- Oliva, A., Parra, A. y Sánchez-Queija, T. (2002). Relaciones con padres e iguales como predictoras del ajuste emocional y conductual durante la adolescencia. *Apuntes de Psicología*, 20, 3-16.
- Orellana, C. (2012). Exclusión, crisis del mundo del trabajo y precariedad: A vueltas con el tema de la ciudadanía. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 729, 67, 229-258.
- Orellana, C. (2005). Reflexiones sobre la cultura juvenil contemporánea. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 685-686, 1123-1144.

- Orellana, M. F., Thorne, B., Chee, A., y Lam, W. S. E. (2001). Transnational Childhoods: The Participation of Children in Processes of Family Migration, *Social Problems*, 48(4), 572-91.
- Paikoff, R.L. y Brooks-Gunn, J. (1991). Do parent-child relationships change during puberty? *Psychological Bulletin*, 110, 47-66.
- Pardini, A. (2008). Novel insights into longstanding theories of bidirectional parent-child influences: Introduction to the special section. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 35, 627-631.
- Parra, A. y Oliva A. (2002). Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia. *Anales de Psicología*, 18, 215-231.
- Parra, A. & Oliva, A. (2006). Un análisis longitudinal sobre las dimensiones relevantes del estilo parental durante la adolescencia. *Infancia y Aprendizaje*, 29, 453-470.
- Pavez-Soto, I., y Alcalde-Campos, R. (2013). Infancia, familias “monomarentales” e inmigración latinoamericana en Barcelona: Los cambios generacionales de las niñas y los niños. *Portularia: Revista de Trabajo Social*, 13(2), 71-81.
- Pérez Sáinz, J. P. y Mora, M. (2007). *La persistencia de la miseria en Centroamérica. Una mirada desde la exclusión social*. San José: Flacso Costa Rica.
- Perry, A. (2012). Risk Factors of Unmanaged Migration. *RTM Insights*, 17. Disponible en www.riskterrainmodeling.com.
- Phinney, J. S. (1990). Ethnic identity in adolescents and adults: Review of research. *Psychological Bulletin*, 108, 499 -514.
- Phinney, J. S. (1992). The Multigroup Ethnic Identity Measure: A new scale for use with diverse groups. *Journal of Adolescent Research*, 7, 156-176.
- Pottinger, A. M. (2005). Children's experience of loss by parental migration in inner-city Jamaica. *American Journal of Orthopsychiatry*, 75, 485-498.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD] (2003). *Armas de fuego y violencia*. San Salvador: Autor.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD] (2008) Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2007-2008. *El empleo en uno de los pueblos más trabajadores del mundo*. San Salvador: Autor.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD] (2009). *Informe sobre desarrollo humano para América Central 2009-2010. Abrir espacios a la seguridad ciudadana y el desarrollo humano*. San Salvador: Autor.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD] (2010). *Informe sobre desarrollo humano El Salvador 2010. De la pobreza y el consumismo al bienestar de la gente*. San Salvador: Autor.
- Programa Estado de la Nación [PEN] (2008). *Informe estado de la región en desarrollo humano sostenible*. San José: varios.
- Programa Estado de la Nación [PEN] (2011). *Informe estado de la región en desarrollo humano sostenible*. San José: varios.
- Riggs, N. R., Jahromi, L. B., Razza, R. P., Dillworth-Bart, J. E., y Mueller, U. (2006). Executive function and the promotion of socialemotional competence. *Journal of Applied Developmental Psychology*, 27, 300-309.
- Rothbarth, M. K., y Bates, J. E. (2006). Temperament. En W. Damon, R. M. Lerner y N. Eisenberg (eds.). *Handbook of child psychology*. Vol. 3. *Social, emotional and*

- personality development*. (6ª edición, pp. 99-166). Nueva York: Wiley.
- Rumbaut, R. G., & Portes, A. (2001). Ethnogenesis: Coming of age inimmigran America. En R. G. Rumbaut & A. Portes (eds.), *Ethnicities: Children of immigrants in America* (pp. 1-19). Berkeley: University of California Press.
- Rutter, M. (1987). Psychosocial resilience and protective mechanisms. *American Journal of Orthopsychiatry*, 57, 316-331.
- Ryan, R. M., y Deci, E. L. (2000). Self-determination theory and the facilitation of intrinsic motivation, social development, and well-being. *American Psychologist*, 55, 68-78.
- Sánchez Queija, I. (2008). El desarrollo emocional del adolescente. En B. Delgado Egido (Coord.). *Psicología del desarrollo* (pp. 115-136). Madrid: McGraw-Hill.
- Sánchez Queija, I. (2009). El desarrollo emocional durante la adolescencia y la primera juventud. En S. Mariscal Altares (coord.). *El desarrollo psicológico a lo largo de la vida* (pp. 281-282). Madrid: McGraw-Hill/UNED.
- Santacruz, M. y Carranza, M. (2009). *Encuesta Nacional de Juventud. Análisis de resultados*. San Salvador: IUDOP.
- Schwartz, S. J., Montgomery, M. J., y Briones, E. (2006). The role of identity in acculturation among immigrant people: Theoretical propositions, empirical questions, and applied recommendations. *Human Development*, 49, 1-30.
- Sciarra, D.T. (1999). Intrafamilial separations in the immigrant family: Implications for cross-cultural counseling. *Journal of Multicultural Counseling and Development*, 27(18), 30-41.
- Segura, B. (02 de octubre, 2012). *UNICEF pide mayor concienciación ciudadana sobre la niñez*. Disponible en www.diariocolatino.com/es/20121002/nacionales/108232/UNICEF-pide-mayor-concienciaci%C3%B3n-ciudadana-sobre-la-ni%C3%B1ez.htm.
- Sirin, S. R. Ryce, P., Gupta, T., Robers-Sirin, L. (2013). The role of acculturative stress on Mental health symptoms for inmmigrant adolescents: A longitudinal investigation. *Developmental Psychology*, 49(4), 736-748.
- Smetana, J. G. (2002). Culture, autonomy, and personal jurisdiction in adolescent-parent relationships. *Advances in Child Development and Behavior*, 29, 51-87.
- Smetana, J. G. (2005). Adolescent-parent conflict: Resistance and subversion as developmental process. En L. Nucci (Ed.), *Resistance, subversion, and subordination in moral development* (pp. 69-91). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Smetana, J. G., y Asquith, P. (1994). Adolescents' and parents' conceptions of parental authority and adolescent autonomy. *Child Development*, 65, 1147-1162.
- Smetana, J. G., y Villalobos, M. (2009). Social cognitive development in adolescence. En R. M. Lerner & L. Steinberg (eds.), *Handbook of adolescent psychology: Vol. 1. Individual bases of adolescent development* (pp. 187-228). Hoboken, NJ: Wiley.
- Smith, A., Lalonde, R. N., y Johnson, S. (2004). Serial migration and its implications for the parent-child relationship: A retrospective analysis of the experiences of the children of Caribbean immigrants. *Cultural Diversity and Ethnic Minority Psychology*, 10 (2), 107-122.
- Suárez Orozco, C., y Suárez Orozco, M. M. (2003). *La infancia de la inmigración*. Madrid: Morata, D. L.

- Suárez-Orozco, C. (1998, Winter). *The transitions of immigration: How are they different for women and men?* Cambridge, MA: Harvard University, David Rockefeller Center for Latin American Studies.
- Suárez-Orozco, C. (2001). Afterward: Understanding and serving the children of immigrants. *Harvard Educational Review*, 71(3), 579-589.
- Suárez-Orozco, C., Todorova, I. L. G., y Louie, J. (2002). Making up for lost time: The experience of separation and reunification among immigrant families. *Family Process*, 41, 625-643.
- Suárez-Orozco, C., y Carhill, A. (2008). Afterword, New Directions in research with immigrant families and their children. *New Directions for Youth Development*, 121, 87-104.
- Suárez-Orozco, C., y Todorova, I. L. G. (2003). The social world of immigrant youths. *New Directions for Youth Development*, 100, 15-24.
- Taylor, Z. E., Eisenberg, N., Spinrod, T. L., Eggum, N. D., Sulik, M. J. (2013). The relations of ego-resiliency and emotion socialization to the development of empathy and prosocial behavior across early childhood. *Emotion*, 13 (5), 822-831.
- Taylor, Z. E., Eisenberg, N., VanSchyndel, S. K., Eggum-Wilkens, N. D., y Spinrad, T. L. (2014). Children's Negative Emotions and Ego-Resiliency: Longitudinal Relations With Social Competence. *Emotion*, 397-406.
- UNICEF (2011). *El salto al norte. Violencia, inseguridad e impunidad del fenómeno migratorio en Guatemala*. Ciudad de Guatemala: Autor.
- United States Conference of Catholic Bishops (Noviembre 2013). *Mission to Central America: The flight of unaccompanied children to the United States*. Washington, D.C.: Autor.
- Valencia, R. y Luna, O. (2 de mayo, 2012) Las pandillas dan un paso más: todos los centros escolares son ahora "zonas de paz". Disponible en <http://www.elfaro.net/es/201204/noticias/8485/>.
- Van Petegem, S., Beyers, W., Vansttekiye, M., y Soenens, N. (2012). On the association between adolescent autonomy and psychosocial functioning: Examining decisional independence from a self-determination theory perspective. *Developmental Psychology*, 48(1), 76-88.
- Vigotsky, L. (1979). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Werner, E.E. (1993). Risk, resilience, and recovery: Perspectives from the Kauai Longitudinal Study. *Development and Psychopathology*, 5, 503-515.
- Women's Refugee Commission (2012). *Forced from home: the lost boys and girls of Central America*. Nueva York: Autor.
- Zimmer-Gembeck, M., y Collins, W. A. (2003). Autonomy development during adolescence. En G. A. Adams y M. D. Berzonsky (Eds.), *Blackwell handbook of adolescence* (pp. 175-204). Malden, MA: Blackwell.